Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXI | San José, Costa Rica **1930** Sábado 6 de Diciembre | Núm. 22

Año XII. No. 518

SUMARIO

Lo que será el monumento a Bolívai en Quito

=*Envío del autor*=

El monumento que va a levantarse en Quito a Bolívar ha sido el florón de un concurso internacional celebrado en París, y responde al nuevo concepto de la plástica conmemorativa en el actual instante de la arquitectura y de la escultura, en que, después de la revolución operada en la estética que culminó en el año de 1925 con la Exposición de Artes Decorativas, quedó marcado un hito de avance en el camino del arte hacia su perfección indefinida. A partir de este momento, quedaron rechazadas la escultura detallista y amanerada que se empeñaba en reproducir las formas externas con todos sus pormenores, tratando hasta de reproducir lo abstracto por medio de figuras convencionales; y esa arquitectura pretenciosa, ahogada entre adornos, curvada, labrada casi en toda su superficie, torturada y torturante arquitectura.

Todos los concurrentes habían trabajado sobre el pie forzado del monumento ecuestre. No criticamos este carácter equino que se ha querido dar al monumento. Al contrario, creemos que el caballo, el más noble y bello de los animales, merece en América, él solo, monumentos; porque sin el caballo no se hubieran realizado los tres máximos acontecimientos definitivamente benéficos en la historia del Nuevo Mundo: la Conquista, la Colonización y la Independencia. Por ir a caballo, los quinientos centauros de Cortés pudieron sojuzgar el Anáhuac, luchando contra millones de guerreros y contra la naturaleza ¡Por ir a caballo, el puñado de héroes que seguía a Pizarro se enseñoreó del Imperio de los Incas! A caballo trepó Bolívar los Andes y ganó a Colombia para la libertad en el puente de Boyacá. A caballo dió Bolívar la carga de Junín. Bien está, pues, que se represente a Bolívar a caballo en las glorificaciones artísticas.

La obra de arte destinada a Quito no será una obra suprema. Pero sí afirmamos que es una obra moderna. Para realizar el proyecto se han unido dos escultores, los señores Jacques Zwobada y René Letourneur; y tres arquitectos, los señores Félix Brunau, René Marouzou, y Louis Emile Galey. Todos ellos franceses, ninguno con más de treinta años y procedentes de la Escuela de Bellas Artes de París. Por eso han realizado una obra muy 1930. El pensamiento informador de su concepción lo han expresado con estas sintéticas palabras:

Este monumento es un himno a Simón Bolívar.

A este héroe que no conoció el reposo una imagen inmóvil no podía convenir.

La voluntad, el impulso, la fe ciega en el éxito lo caracterizan.

Su vida fué una línea recta. Todo su ser estuvo tendido hacia un solo fin. Ningún obstáculo pudo detener al Libertador.

Esta concepción dinámica ha sido admirablemente lograda. He aquí cómo: un bloque altísimo de tres cuerpos en aristas pulidas, presentando un frente casi agudo como una proa y grandes planos laterales arranca del suelo hasta una altura considerable sin un escalón, sin una cornisa, sin una greca, sin un relieve, sin ninguna interrupción, presentándose escuetas y gallardas las grandes superficies lisas a las que tenía horror la arquitectura antigua y son la clave de la arquitectura moderna, estando en esta obra afrontadas con una gran valentía. La parte escultórica comienza con un friso, en la *maquette* está ape-

Del bloque macizo e imponente que aligera su mole con la esbeltez de sus proporciones, arranca el ímpetu de la victoria con un vuelo inmóvil y perenne, comparable al de la Victoria de Samotracia. Y es placer, no sólo de los ojos sino del espíritu, el contraste, resuelto en equilibrio, de la solidez con que ese monumento asienta su gloria en tierra como en un trozo de la misma Cordillera andina, y el arranque con que su símbolo vivo hiende el espacio, las victoriosas alas plegadas ya, porque bastó su impulso sobre el abismo ya salvado, para llegar a la cumbre definitiva.

La lógica del sobrio basamento inconmovible y el lirismo de las alas todavía trémulas y siempre prontas al batir infatigable, proclamando están ahí la realidad de su emblema, el de la obra libertadora, concebida por la razón y el cálculo sereno y coronado por el esfuerzo sobrehumano.

Monumento digno de la epopeya americana vista al modo de ahora por el arte nuevo, con el ojo despejado de circunloquios y florituras del arte decadente, libre también del convencionalismo ya algo anticuado del arte heroico que ha llenado de estatuas las plazas del mundo y parece haber repetido al infinito la misma nobleza estática del modelo clásico ne varietur.

(Pasa a la página 350)

nas esbozado, de guerreros. En un plano superior, vuelan de cada lado grandes Victorias aladas, interpretadas con soltura y dentro de la más moderna técnica. En último término, superando todos los planos y en el ápice del monumento, Simón Bolívar parece volar, a caballo, seguido de las Victorias.

Las excelencias de esta obra, a mi modo de contemplarla, son éstas: ante todo el dinamismo, el *elan*, la impresión de vuelo, y después, el desenfado con que están manejados los grandes bloques, de conformidad con la norma de la arquitectura moderna, que rechaza la decoración inútil, poniendo frente a frente a la piedra inmaculada y a la luz del sol que hace vivir a la primera con sus reflejos cambiantes. También la armonía resultante de las grandes masas desnudas, de cuyo equilibrio armónico surge una belleza que no pudo ser antes obtenida por medio de los símbolos manidos. Luego las aristas continuadas que dan a las piedras calidades de enormes gemas. Todo esto se encuentra en la arquitectura y en la escultura de la post-Guerra manifestaciones, con las demás bellas artes, de un estado mental, que barre con todo lo inútil, que busca la verdad y que, sobre cimientos de justicia, quiere levantar un más lógico, racional y humano edificio social. Todas las grandes conmociones nos han dado su arte correspondiente. La revolución francesa nos dejó el romanticismo. La Gran Guerra, no liquidada todavía, nos está dando este otro arte de verdad y de fuerza. Por esto, está bien que un monumento de tales normas vaya a levantarse en aquella ciudad levítica.

Ahora nos permitiremos unas indicaciones que ojalá no vayan descaminadas.

Creo que el primer plano vertical del frente del monumento debe resolverse en prisma. Así la sensación de vuelo y de dinamismo sería mucho mayor aún. Parecería una proa desde lo alto de la cual Bolívar se lanza al espacio seguido de sus grandes victorias aladas, como por un grupo de Walquirias. Las figuras del friso creo que no deben ser de guerreros sino de trabajadores. Ya es hora de que desaparezca de los mouumentos sacros toda esta chatarra de cañones, fusiles, lanzas y trompetas. La guerra, que ya está fuera de la ley, no debe ser evocada en arte; menos, consagrada. Bolívar hizo la guerra muy a pesar suyo y porque no tuvo más remedio, siendo la de la independencia una guerra civil entre hermanos, por un objetivo político, que, una vez conseguido y consolidado, debemos sustituirlo por el de la Confederación de los pueblos hispánicos. Y en lugar de esos guerreros deben estar allí los trabajadores, los que forjan el porvenir, en lucha contra las fuerzas naturales, en lucha con la sombra, en lucha contra la ignorancia. Debemos sustituir en el símbolo y en la realidad los elementos bélicos con los artefactos del trabajo: el martillo y la hoz, el hacha y la pala, el barreno y el pico, la garlopa y la sierra, la esteva y el trillo, la regla y el compás, la retorta y el microscopio, el teodolito y la lámpara, y sobre todo, el libro que redime a los pueblos. En fin, todo aquello con lo que se produce, con lo que se crea, con lo que se sirve a la humanidad, no con lo que se hiere y se extermina a los otros hombres, ampliando horriblemente la obra del dolor y de la muerte.

El caballo sobre el cual cabalga Simón Bolívar es el clásico caballo de sus otras estatuas de Lima y de Caracas. Es el caballo lucio, redondo, gordiflón, en la actitud teatral del encabritamiento, presentándose sólo sostenido por las patas traseras y por la cola. Este caballo fué introducido en el arte por Velázquez; y en él, el inmortal sevillano hizo montar a tipos de la realeza como Felipe IV, el juerguista, y el infausto príncipe Baltazar Carlos, o a cortesanos menguados como el Conde Duque de Olivares. Caballos que parecen jacas como las hacaneas de las infanzonas, estos caballos estaban bien para tales gentes, y por eso los escogió Velázquez. Luego, los escultores italianos del siglo XVIII y del siglo XIX le plagiaron sus bestias al pintor mago, inundando el mundo con caballos redondos, buenos como digo, para reyes y cortesanos. Para Bolívar, no. Bolívar resulta muy mal sobre un caballo de esos. El, en vida, montó los potros de las llanuras del Orinoco. Y en la glorificación, en la idealización, ya no puede montar sino sobre pegaso o sobre Babieca, o sobre Rocinante. Sobre Pegaso, el Poeta de la Acción y del *Delirio*. Sobre Babieca, como el Cid, porque Bolívar es el más grande héroe español de todos los tiempos. Y sobre Rocinante, porque él es don Quijote-Bolívar como le llamó Unamuno. Los señores Zwobada y Letourneur rectificarán, seguramente, su caballo bolivariano, estilizándolo en líneas más puras que concuerden con la euritmia que domina en su obra.

Un punto esencial de la realización de esta obra es la elección de materiales. Realizada en cemento resultaría una cosa horrenda. Lo mismo en piedra artificial o en tantas otras pastas con apariencia de piedra que ahora se fabrican por aquí. La misma noble piedra berroqueña de nuestros Andes no sería apropiada. Empleada de esa manera, daría la impresión de los muros de una cárcel o de los bastiones de un fuerte. Las masas arquitectónicas así concebidas reclaman, exigen el más noble, fino y terso material: mármol de Carrara o granito de tonos claros, pulimentado como un cristal. Fuera de estos materiales, juzgo que no hay otros apropiados, y fuerza es emplearlos, cueste lo que cueste. Una concepción plástica de este estilo lleva en sí misma, como consubstancial, la riqueza de los materiales.

En Concurso tan importante como éste al que han acudido 154 artistas de casi todas las nacionalidades de Europa, no ha dejado de llamar la atención, la ausencia absoluta de artistas españoles. Y, claro, ha surgido a flor de labios la explicación vulgar: se trataba de un monumento a Bolívar y ¿cómo iban a prestarse los españoles a la glorificación de aquel que terminó con el dominio español en América? ¡Pobre argumento! Los artistas españoles han superado, ya hace tiempo, ese estrecho estado mental. Lo prueba el hecho de que la mayor parte de los monumentos glorificadores de la Independencia que se alzan sobre el haz de la América son obra de artistas peninsulares. Y a tal punto ha llegado la amplitud, la comprensión y la generosidad hispánicas que ahora mismo se encuentra en vías de franca realización el proyecto de un monumento a Bolívar en Madrid, centro y corazón de España!

César E. Arroyo

Marsella, 1930.

Por tierras españolas

Boston, Mass,
14 de Noviembre de 1930.

Sr. don Ricardo Fernández Guardia,

San José.

Mi querido amigo:

Muchas veces quise escribirle desde España donde pasamos dos meses y medio muy felices, encantados del país, de la gente y de la vida española tan plácida, tan agradable, tan distinta de la que se lleva aquí, pero, claro, apenas si tuvimos tiempo para enviar a los amigos de cuando en cuando una tarjeta postal, en los apuros de ver todo lo que queríamos ver. Usted que conoce España puede imaginarse con qué gusto llegamos allá y cómo se nos iban las horas en aquellas viejas ciudades llenas de arte y de historia, metidos todo el santo día en iglesias o en museos, y con qué cansancio volvíamos las noches al hotel a descansar para volver a lo mismo a la mañana siguiente.

Hicimos una gira interesantísima. Entramos por Cádiz, una tarde espléndida como las de nuestro trópico, y nos la empleamos curioseando en coche por entre pintorescas callejuelas que miran todas al mar y recuerdan el Africa o el Oriente por su alegre rumorío. Se explica que allí naciera Castelar con su fantasía portentosa y aquel otro parlador abundante, don Segismundo Moret, cuyas estatuas eternizan entre palmeras sus arrogancias de tribunos del buen tiempo antiguo. ¡Y qué jardines! Dudo que haya en ninguna parte flores tan hermosas. El nuevo hotel Atlántico que acababan de inaugurar, estilo marroquí, todo blanco a orilla de la bahía toda azul, es un sueño de las *Mil y Una Noches* de que sería difícil, casi imposible, despertar, si no fuera por la necesidad de pagar la cuenta.

Al día siguiente, aunque con el *regret* de no haber visto el edificio de las Cortes, antes Oratorio de San Felipe, más que por fuera, y de haber echado sólo un vistazo a la Catedral y al Murillo de los Capuchinos, nos largamos a Jerez de la Frontera, que es otro pedacito del Paraíso Terrenal, de viñas famosas y de fruta más buena y más sabrosa que la

Flérida de Garcilaso. Jerez tiene algunas cosas de interés para el viajero: una catedral barroca y una media docena de casas señoriales, pues es un pueblo de muchos títulos, de los cuales se muestra muy orgulloso, lo mismo que de ser la patria del infortunado Primo de Rivera. A nosotros se nos fué el día en la obligada visita a las bodegas de Domecq y a las caballerizas de no recuerdo cual empingorotado señor andaluz, donde vimos los más hermosos caballos del mundo, enjaezados al estilo de la región. Dormimos esa noche en Los Cisnes, precioso hotelito que recomiendo, agradecido y encantado de la limpieza, de lo módico de los precios, de la comida excelente y del grato frescor del jardín, verdadera pajarera que no tiene más inconveniente que el de comenzar demasiado temprano sus conciertos, aunque aquella mañana no nos pesó en absoluto, pues debíamos tomar el auto para Ronda y así pudimos recorrer con la fresca aquel camino delicioso, bordeado a trechos de viñedos y trigales, y aquellos pueblecitos de nombre y aspecto arábigos, medio dormidos a esa hora en los recuestos de la serranía, sin otro signo de vida que el trajín del panadero o la salida al campo de los segadores. Aprovechando una parada en Algodonales y los servicios del Enano del pueblo, visitamos la iglesita principal desde cuyo atrio se tiene una vista preciosa sobre la montaña; pero lo que recordamos con más gusto de ese viaje es la sensación que da Zahara, un lugarejo morisco encaramado sobre un hosco picacho atalayando con su torre ruinosa el horizonte como en espera del enemigo.

A medio día llegamos a Ronda, cuyo tajo formidable divide las dos ciudades: la vieja, que data de los moros, y la nueva, que viene de los Reyes Católicos, esto es, un poco antes del descubrimiento de nuestra América. Nosotros que acabábamos de dejar a Boston entregada a las celebraciones del tercentenario de su fundación, muy orgullosa de sus tradiciones puritanas y muy creída en su antigüedad, no pudimos reprimir una sonrisa viendo que lo que allá se llama nuevo pasa aquí por viejo.

Ronda tiene la primera plaza de toros que se edificó en España, honor que compara en importancia sólo con Palencia, cuyos Estudios fueron la primera Universidad española. Tiene además la Casa del Rey Moro, la de Mondragón, de lindos artesonados mudéjares, Santa María la Mayor, que fué antes mezquita, y sobre todo un parque edificado sobre el abismo que domina el paisaje más original y bravío de toda Andalucía.

De allí pasamos a Granada, que es todo lo contrario, o sea, suavidad de línea y de color, dulzura de ambiente como en ninguna parte del mundo, una vega riquísima en aguas que bajan de lo alto de la sierra, frescas, claras y puras, para decirlo con un verso de Petrarca, una Alhambra que es una maravilla y un Generalife que es un lugar de delicias inefables; pero no quiero ni hablar de estas cosas por miedo de que me pase lo que al último rey moro. ¡Y cómo nos explicamos esas sus lágrimas la mañana que tuvimos que salir nosotros también de aquel paraíso! El único consuelo era de que llegando a Sevilla, la odalisca del Guadalquivir, fragante de azahares y jazmines, nos hiciera olvidar un poco a la bella sultana del Genil.

El trayecto resultó de lo más entretenido e interesante, con paradas en Santa Fe, la de las Capitulaciones entre doña Isabel y don Cristóbal, Loja, la de los roscos, más dulces que los versos de Lorca y menos enrevesados, Archidona, Antequera, donde hay una Colegiata bonita con la tumba de Rodrigo de Narváez, el de la historia del abencerraje y la hermosa Jarifa, Osuna, con el panteón de sus duques, aunque pequeño mucho más impresionante que el del Escorial, Alcalá de Guadaira o de los Caballeros, con su castillo y la fama de sus aceitunas gordales.

Sobre las seis de la tarde llegamos a Sevilla y allí acabamos de perder el sentido. El Alcázar, la Catedral, la Giralda, el barrio de Santa Cruz de noche, la calle de las Sierpes en la tarde, los paseos, son cosas imposibles de olvidar por mucho tiempo. No sé ni cómo pudimos ir a ver a don Cristobal Bermúdez en su retiro del Archivo de Indias, pero las horas pasadas en aquellas salas de austero estilo herreriano, entre papeles viejos que hacen las delicias de usted y de otros estudiosos de nuestra historia colonial, han sido de las mejor empleadas de nuestra peregrinación por España.

Otra dolorosa arrancada y nos marchamos a Córdoba, ciudad de sabios y artistas bajo Roma e Islam, donde hoy pontifica rodeado de admiradores, desde un café de la calle del Conde Gondomar, el Guerrita, último representante de una escuela de toreo que pronto será, según dicen los entendidos, una cosa más del pasado, algo como los Sénecas, Lucano, Avenzoar, Averroes, de quienes nadie se acuerda ya, ni siquiera para levantarles estatuas, lo cual quizá sea una ventaja, a juzgar por algunos monumentos a celebridades modernas, probablemente de más calibre, en que se ha derrochado el mármol y el bronce. Pero mejor es no hablar de esto y echarnos a recorrer otra vez, aunque no sea más que en la imaginación, aquellas plazuelas y callecitas rumorosas de comercio en los días de los Califas, por las cuales no pasan en los nuestros más que las horas y alguno que otro borriquillo abrumado bajo el peso de sus serones. En noches de luna pasear por ellas es un encanto y descubrir de pronto en una esquina, dentro de la pared morisca, una virgen de ojos gitanos que alumbra con mortecina luz un farol. De la Mezquita prefiero no decir nada. A qué profanar con lugares comunes de esos que se leen en las guías del turismo, aquel bellísimo sueño de Oriente, aquel bosque de columnas magníficas en que habría que entrar descalzo y tocada la cabeza del turbante musulmán y en que hoy corretean únicamente beatas y turistas

Madrid fué durante dos semanas nuestro cuartel general. De allí fuimos a Aranjuez, al Escorial, a Toledo, donde la suerte nos deparó el mejor de los guías que puede desearse en la interesantísima persona de Félix Urabayen, autor de varios libros sobre la ciudad imperial. Urabayen nos ciceroneó deliciosamente por entre las naves de la Catedral que él ha descrito de mano maestra en *Los Senderos del Mundo Creyente*, por el claustro, las Claverías y las innumerables capillas de la Primada, al mismo tiempo que nos contaba anécdotas y chismes del ilustre Cabildo y de los grandes cardenales que duermen su sueño bajo sencillas lápidas o dentro de espléndidas tumbas. Con él fuimos en la tarde a la ermita de la Virgen del Valle, fuera de Toledo, desde donde se tiene una vista única sobre el río y la ciudad, a los Cigarrales, al Cristo de la Vega, el del brazo desclavado que cantó Zorrilla. Al día siguiente, después de oír misa en la capilla mozárabe, visitamos la casa del Greco, la Sinagoga del Tránsito, la de Santa María la Blanca, la Mezquita del Cristo de la Luz y el Alcázar. Iba a olvidar Santo Tomé con su famoso Entierro del Conde de Orgaz que, aunque impresionante, yo pongo después, para mi gusto se entiende, del Expolio bellísimo que guardan en la Catedral.

Toledo, Segovia y Santiago de Compostela se disputan la primacía entre nuestros recuerdos de España, sin que esto quiera decir que Avila dejase de impresionarnos con su aire de fortaleza medioeval, Salamanca con su fino plateresco y su color de oro viejo, Burgos con su Catedral, tal vez la más bella de España bajo el punto de vista puramente arquitectónico, León con la suya tan linda, tan esbelta y tan bien iluminada del sol a través de sus maravillosas vidrieras. La verdad es que en España resulta difícil señalar preferencias, pues aun pueblos chicos, no digamos una Santillana del Mar, pero hasta un lugarejo cualquiera como Riaza, perdido en las soledades de Castilla la Vieja, atraen con insospechables bellezas.

Segovia es quizás más de mi gusto que Toledo, porque menos visitada conserva mejor su aire de distinción señorial, su gesto de reina de Castilla, recluída en las alturas del Alcázar, ese divino Alcázar que parece más bien un barco que fuera partiendo con la proa las aguas del Eresma y del Clamores; porque tiene toda ella un color como de miel y una vista única en el mundo, sobre un paisaje suave, de un lado la llanura castellana, del otro la noble Sierra del Guadarrama con sus pinos y aquella su Mujer Muerta que da—los brazos cruzados sobre el pecho y los pies descansando como sobre el lebrel de los sepulcros góticos—una impresión romántica, indefinible, imposible de olvidar. Cuatro días dedicamos a ver esto y su acueducto maravilloso y su linda Catedral y una serie de preciosas iglesitas románticas, San Esteban, San Martín, San Millán, y naturalmente El Parral y la Vera Cruz de los antiguos Templarios. De allí fuimos el día de Santiago a ver las aguas de la Granja que dejan atrás a las de Versalles. Baste decir que una de las fuentes, creo que La Fama, arroja un chorro a cuarenta y siete pies de altura.

Madrid, tengo que decirle francamente, que aunque me gustó por el carácter

placentero de las gentes, por sus parques y por su Prado sobre todo, es la ciudad de España que menos impresión me hizo. Y es que como ciudad antigua tiene ya pocas cosas, a fuerza de derribos y modernización, que la hagan interesante por ese lado, y como ciudad moderna resulta algo provincial comparada a Nueva Yok, Londres, París, y otras grandes capitales. Claro, para decir esto me pongo desde el punto de vista del viajero que va de paso sin disponer de mucho tiempo para buscar los rincones pintorescos, y hacerle ambiente a la Villa y Corte dentro de sí mismo. Demás está decir que si uno fuera a vivir allá, de sus rentas, a hacer amigos y a familiarizarse con sus costumbres, tan indulgentes como graciosas, Madrid no tiene par en el mundo.

Santiago de Compostela, la vetusta Jerusalem gallega, fué de las últimas cosas que vimos y de las primeras que acuden a nuestra memoria; la única ciudad verdaderamente monumental de España, nos dijo don Ramón del Valle Inclán, el día que estuvimos a verlo y a darle la carta que usted bondadosamente me mandó para él. A propósito, ¡pobre Don Ramón! Estaba en cama convaleciente de una operación muy dolorosa, pero siempre pulcro, decidor, galante, con sus grandes barbas fluviales, con su mano pecadora de príncipe o de prelado del Renacimiento. Hizo muy cariñosos recuerdos de usted que me encargó trasmitírselos con saludos de la gentil doña Josefina.

De Santiago voy a escribir mis impresiones cuando tenga tiempo, si es que me decido a profanar con la pluma las que me dejaron aquellas rúas pavimentadas de grandes lajas resonantes, aquellos conventos enormes, el Hospital Real, el Palacio de Fonseca, el Paseo de la Herradura y el Pórtico de la Gloria, de cuyo sonriente Daniel ha dicho el Profesor Kingsley Porter de Harvard que es la suprema flor de la escultura de la Edad Media. Mr. Porter, según el señor Carro, quien tuvo la bondad de guiarnos en nuestra visita a la Catedral Compostelana y es además de beneficiado o canónigo, arqueólogo de nota, es el hombre que la conoce mejor. Por muchos años consecutivos fué allá a estudiar estas cosas y sus libros sobre el Camino de Santiago y sobre la Arquitectura Románica en España son obras de gran erudición escritas en un estilo imaginativo y delicado y que tienen sólo un inconveniente, y es el de que cuestan demasiado dinero para los que no somos ricos. Mientras nosotros estábamos en España apareció la versión española de *La Arquitectura Románica* cuyas pruebas tuve yo el placer de examinar una vez por encargo de Mr. Porter, a quien conozco desde el tiempo en que iba a dar lecciones de español a su señora. Aunque gente de tono y de dinero, o tal vez por esto mismo, son personas sencillas y amables, y nosotros guardamos de la hospitalidad de Elmwood, la bellísima casa colonial que poseen en Cambridge, los más gratos recuerdos. Aquello es un verdadero museo donde lucen al lado de tablas de primitivos italianos cosas de España, arcas antiguas, santos de piedra provenientes de la Abadía de Sahagún, sillas de coro y sillones fraileros de quién sabe qué vieja sacristía de la madre patria que el dueño primitivo de la casa, James Russell Lowell, de fama literaria y diplomática, trajo de allá de cuando era ministro americano en Madrid.

Los Porter han transferido desde hace algún tiempo sus afectos a Irlanda. Parece que hasta han comprado un castillo donde nació San Colombán o no sé qué santo irlandés. Después de Galicia, Erín, y con razón, que ambas vienen del viejo tronco celta y se parecen en lo místicas, en lo rudo de sus costumbres y en el vigor de sus gentes. Antes estuvieron enamorados de Italia. Será curioso ver cuánto les dura la fiebre de Irlanda.

De Santiago hicimos una excursión a la Coruña, otra al Padrón, otra al Pazo de Oca y nos regresamos a Vigo para tomar el vapor que había de traernos a Nueva York.

Aquí tiene usted, mi querido don Ricardo, en visión kaleidoscópica, nuestro viaje a España, a esa hermosa y amada tierra en que como usted me decía muy bien «la hospitalidad no es palabra vana» sino cosa real, cálida y alegre como el sol, el sol español del cual, si es cierto que no se puede decir ahora aquello que dijo el césar Carlos V en la hora meridiana de su poderío, sí podemos asegurar que, aun *puesto* en este lado del océano sigue alumbrándonos y calentándonos el alma a los hijos de las naciones que deben vida, lengua y civilización al valor de sus descubridores y colonizadores. Perdóneme usted la frase que más parece de orador oficial en una fiesta del Quince de Setiembre, en gracia al entusiasmo sincero que no retórico, al fervor de la simpatía que usted y yo sentimos por España, y créame siempre muy amigo y admirador suyo,

Mario Sancho

(*Cortesía del Sr. Fernández Guardia.*)

Persiflage

La guerra literaria

=*Colaboración directa*=

Para *Salomón de la Selva*,
poeta verdadero y crítico generoso.

Con las vacaciones ha llegado el ocio, grato a quien, obligado a mantener en las aulas y los claustros de la Escuela la ficticia seriedad que se le exige al dómine, quiere por fin reir; reir de contemplar la vida humana; no con tu risa impúdica, Gelasma, ni con la tuya, entre lágrimas, oh Cervantes adolorido, sino más bien con aquella que llevó ranas al teatro y las hizo cantar.

¡Brequequequéx co-áx, có-ax!

De *Las Ranas* me estoy acordando con esta guerra literaria cuyo ruido ha llegado hasta mis oídos atormentados nueve meses por conjugaciones de verbos irregulares. —Diga, joven, el prepostdinosaurio del verbo *huir*.— ¡Muy bien! Ahora veamos el pterodáctilo antefutúrico de *escabuir*.—¡Excelente! ¡Magnífico! La lección para mañana es de la página setentisauria hasta la setentivertebrada de los adjetivos terminados en *k*.—¡Pero mentira!; para mañana no hay lección. ¡Qué dicha! Cantemos.

¡Brequequequéx, co-áx co-áx!

¡Brequequequéx, decíamos, la guerra literaria! La guerra. La risa se nos vuelve sollozo. *¡Co-áx, co-áx!* Guerra ninguna ha dado fruto bueno. Esa verdad, tamaño de nuestros bellos volcanes unos sobre otros, no habría chiquillo que no la comprendiese si quienes enseñamos historia supiésemos historia, primero, y tuviésemos, además, valor intelectual para enseñarla. Al Licenciado don Rafael Estrada le sobra razón. Los que hacemos que enseñamos historia, ni sabemos de la historia la media ni tenemos valor para decir sus verdades. ¡Pero no importa, oh ranas, cantemos!

¡Brequequequéx, brequequequéx, co-áx!
Guerra ninguna ha dado fruto bueno.

Y las menos fructuosas son las guerras literarias. Historia de una de esas guerras es admirable comedia de Aristófanes por la que Goethe, admirador de Eurípides, lo odiaba. «¡Ese bufón, ese bufón Aristófanes!» tronaba el Zeus germánico desde su Olimpo de Weimar. ¡Pero que todas las guerras literarias hubieran tenido la gracia que ritmó el cómico ateniense!

Las que mejor conocemos, maldita la gracia que han tenido. Aquella, por ejemplo, que se le hizo a Garcilaso, a quien antes que la material, que le quitó la vida, le habían arrojado piedras metafóricas sin cuento los zafios que se creyeron defensores de la manera única de hacer versos en castellano. O aquella de ayer no más, llena de saña estúpida en el ataque, y de brío flojo en la defensa, de que fueron objeto los *decadentes*. Recordad las imbéciles cosas que hizo Baudelaire *pour épater les bourgeois*, y las críticas, más imbéciles aún, del feo judío alemán Max Nordau (a quien hay pobretones pedantes por ahí que se empeñan en hacer francés y en llamarlo Max *Nordó)*. En América, la renovación de Darío fue motivo de imbecilidades aún mayores. No hay por qué hacer recuerdo ni recuento de ellas.

Hoy se vuelve al mismo pasatiempo amargo e inútil. En redor de baratas banderas de chillantes colores, sobre cuyos lienzos se leen extraños motes, agrúpanse unos que protestan demasiado su juventud, formando falanges que nunca se acaban de formar. Pretenden tomar por asalto el «baluarte de las divinas Piérides» donde las tienen en ignominioso cautiverio los absolutistas del «clasicismo.» Suenan cuernos de buey muerto estos paladines defensores, y amarran,

con trapos viejos, las astilladas lanzas con que ayer atacaban el baluarte que ahora defienden. Y esa guerra es insulsa, porque en el tal baluarte, así atacado y defendido, no han morado jamás las virginales Nueve sacrosantas.

¡Brequequequéx!

Si recorremos las filas de los combatientes, pronto nos daremos cuenta de que esa guerra es extraña a la poesía verdadera. No es la Poesía la defendida sino la *gloriola* (¡admirable palabra, que ha inventado don Joaquín García Monge!) del aspirante a poeta. No es la Poesía la atacada sino la *gloriola* del que llegó a que lo creyesen poeta. Porque todos ésos que hacen esa guerra, no son poetas, ni les importa la Poesía; son embaucadores del verso empeñados en que se crea que Poesía es lo que ellos hacen. Como si mañana los hacedores de bramante se empeñaran en hacer creer que casimir es lo que ellos fabrican. ¡Qué fácil entonces hacerse llamar casimirero sin dejar de ser hacedor de sólo bramante!

¡Brequequequéx, brequequequéx!

Los poetas verdaderos no son encarnizados combatientes de esa guerra. Darío pudo hallar qué elogiar en Campoamor. Los eunucos del séquito del semental nicaragüense de las Musas. («Cuando una Musa te dé un hijo, queden las otras ocho en cinta») no hallaban, en cambio, epíteto lo suficientemente aplastante para el poeta de las *Doloras*. Tampoco hubo poeta verdadero que atacase a Darío. Lo atacaron los masturbistas del verso, aquellos que desconocían tu sexo, ¡oh Arte, hembra fecunda!; aquellos que ya no hallaban gusto sino en lo de sus manos.

«La República de las letras es campo de Agramante donde todos andamos a la greña,» acaba de decir, haciendo la frase un escudo, Don Luis Dobles Segreda. Licho anda equivocado. «A la greña» no andamos todos. Habemos quienes no peleamos, porque esa pelea es innoble. Habemos quienes vemos a los que pelean y nos carcajeamos.

¡Brequequequéx, co-áx, co-áx!

¿Clasicistas tenemos? Reíd, ¡oh ranas! *Brequequequéx.* ¿Versilibristas, dadaístas, ultraístas? ¡Oh, cantemos! *¡Brequequequéx, brequequequéx!* Lectores de su producción, oh cycnoranidias que reís en griego, no seremos ni vosotras ni yo. Pero he aquí que llegan en nuestra ayuda, en la cabalgata de un Coro de Esquilo, los hippalectores. De hablar con ellos vengo, maravillosos monstruos que son. Al galope han recorrido la obra de nuestros guerreros literarios. Y no hallaron, en los primeros, ni un solo endecasílabo memorable, ni un solo alejandrino alado, ni un solo eneasílabo musical, ni un solo verso de romance que se tuviese derecho sobre sus propios pies; ni hallaron, en los otros, una sola canción que, en maraña de ritmos, hubiese amarrado la mosca de oro, divina cantárida, que enciende en las carnes mentales los ardores de la Poesía. Y es que, en rigor, en esta guerra, no son tanto los poetas quienes odian y maldicen y pelean, como aquellos que no pudieron llegar a poetas y se volvieron críticos.

¡Brequequequéx!

Alguna vez se hablaba de Platón y de la poesía platónica. Alguien recordó el *Canto a Teresa* y se puso a recitarlo. Un mozalbete se tapó los oídos. La «musiquilla de las octavas reales», dijo, le enfermaba. Más tarde, aquella noche de cenáculo herediano, nos leyó sus propios versos «ultraistas». Más tarde aún, ya cerca del amanecer, cuando sólo hombres quedábamos, el joven estudioso que había entre nosotros, lector de Freud, tomó la dirección de la conversación. ¡Qué bien lo hacía! Cada quien aportó confesiones privadas a la discusión de las tesis del vienés. «Yo, dijo uno, todavía me...» Era el mozalbete a quien enfermaba la música del verso de Espronceda. ¿Comprenderá el otro poetilla, que en mi presencia antier no más llamó «solemne pendejada» los versos de Don Justo A. Facio, por qué me negué a estrechar su mano? Hay ascos viriles que ni la mejor buena voluntad puede vencer.

¡Brequequequéx!

El poeta verdadero no necesita haber leído el *Ion* para saber que no es suya propia la música con que le es dado extasiar. En su alma reina la perfecta humildad. En quien hace música distinta de la suya, no ve un extraño, menos un enemigo; antes bien mira a un hermano para quien el Dios ha tenido un distinto favor, no por distinto menos potente para el éxtasis. Cosa ligera, sacrosanta, alada, es el poeta verdadero. Decidme, ranas mías que les hacéis ojos glotones a las mariposas, ¿de cuántos colores y de cuántas formas no pueden ser las alas? ¡Y oíd cómo ríe sobre el azul del cielo, volando en alas de lienzo y de alambre de qué rara forma, el aeroplano!

¡Brequequequéx, brequequequéx, co-áx, co-áx!

No hay generosidad como la del poeta verdadero. Recordemos el cariño fervoroso de Dante por Guido Cavalcanti («aquel a quien yo llamo el primero de mis amigos»); recordemos la alegría fraterna del círculo de Shakespeare, Ben Jonson y los demás de la *Taberna de la Sirena;* y para que no andemos equivocados, recordemos que no hubo jamás enemistad ninguna entre Esquilo y Sófocles, de un bando, y Eurípides, del otro. Aristófanes hace en *Las Ranas* ficción pura. Por pura ficción es que divierte. Y el mismo odio feroz que se le atribuye contra Eurípides, también es ficción. En *Las Ranas* se transparenta la devoción con que había leído, con que se había aprendido de memoria, todo verso suyo. Es lugar común de la erudición que sus parodias de Eurípides superan en mucho a las que hizo de Esquilo. La cólera de Goethe no era del todo justificada. Cólera ninguna de ningún Zeus lo es.

Y he aquí por qué, cuando hace de Zeus el Licenciado Don Rogelio Sotela, hay que hacerle oír cantar las ranas. Muy bien que haya elogiado los sonetos de Don Antonio Caso publicados en *Repertorio;* pero muy mal que haya hecho de ese elogio vehículo de ataque contra los poetas no de su círculo. Caso, filósofo, quiere danzar su rato con las Musas. Dudamos de que le preste atención a Sotela. Dudamos de que del enrarecido aire alto del Anáhuac baje a capitanear la falange «clasicista» que Zeus Sotela, convertido aristofánicamente en Sargento Pafdokas Sotela, dice que le espera para entrar en batalla.

¡Brequequequéx, brequequequéx, co-áx, co-áx!

Heredia, diciembre, 1930.

Persiles

Poesías de Joaquim Folguera

=Del tomo *Poesías*. Prólogo y Versiones de EMILIA BERNAL. Barcelona, 1930.=

Una mujer que pasa

Viene el rumor de la avenida
una vaharada a perfumar;
lleva en el brazo una mujer
de un haz de luz la claridad.
La mujer pasa iluminada
por el fulgor de su mirar
y el haz de flores que resbala
sobre su curvo seno, cual
si la flor se le rindiera
con una gràcia de mujer
y toda amor se le ofreciese
llena de suave languidez.
Entre el va y ven de la avenida
la fragancia se diluyó;
la que llevaba el haz de luz
se va alejando con su olor
y el viandante que la seguía
los párpados entornó
embriagado por la fragancia
indefinida de la flor.

Queja

Cayó, por mi desdicha, enamorada,
aquella mujer dulce que tenía
un aire tan humilde, una mirada
que ser la de una hermana parecía.

Por mi desdicha, me será negada
la sonrisa tan pura que me abría...
De nuevo el alma irá desconsolada
por el fondo de mi melancolía.

Por mi desdicha, me quedé sin ella.
Escondiendo su amor, y, temerosa,
hasta de su mirar se torna avara.

Seré su extraño ya. Ya nunca ella
ni por consuelo me dará piadosa
un rayo más de su mirada clara.

Canción pálida

Es una canción muy pálida,
la oigo, a menudo, cantar;
la dice una virgen pálida
que es pálida de cantar.

Es una canción muy bella
que causa suave temblor:
la canción es la más bella
después de la del amor.

Es una canción que exalta,
es clara como un anhelo,
tibia como un seno, y alta
como una estrella del cielo.

La canción que no se cansa
de aproximarse y huir:
la canción de la esperanza,
dulce hasta el fin del vivir.

El secreto

Tu secreto es mi secreto
que renace cada día.
Ayer él nos confundía
y hoy, nos separa el secreto.

Con la obsesión de su olvido
nos separa y nos tortura
y es el mismo quien procura
no echarnos en el olvido.

Ahora se lo digo al viento
que me quema a su contacto
y el remolino del viento
me vuelve el secreto intacto.

La muerte

Esta noche la muerte venía...
La he sentido en el vaho de silencio
que al rumor de la noche exhalaba.

Cerca de ella la gente callaba.
El silencio ofrendaba al silencio.
¡El callar de la muerte absorbía!

El callar poco a poco traía
del recuerdo la niebla que hacía
fino velo ocultando la muerte.

Uno, entonces, habló de la muerte;
pero nadie en la noche sentía
que en la niebla flotaba la muerte.

La voluptuosidad de la muerte

La muerte, ahora, con sus bocanadas
me circunda, Señor, y no me toca.
Del mundo en la penumbra perdí el límite
y de las cosas el contacto fino.
Siento que me despoja a cada embate
de un rastro humano y sin embargo, no osa
en mi pudor acometerme, se echa
cansada junto a mí, después me mira
con mirada que es hálito muy puro,
graciosa se alza y otra vez se vuelve
hasta diluir mi aliento por el aire
cálido del calor que irradia ella.
Nunca me abraza, mas me lleva siempre
un girón de la vida, que es ahora
débil y pura hasta el instante en que
bajo su beso dulce, eternamente
y desnuda la tenga entre sus brazos.

Sin amada y sin amigo

Sin amada y sin amigo
queda oculta la elegía.
¿Os la digo o no os la digo?
¿Entonces, quién la oiría?

Aquí está una encina dura:
si le digo mi lamento
empiezo con voz oscura
y ella escucha sólo al viento.

Ved al perro de aire fiel:
si le digo la elegía
a mis pies se adormiría
¡no quiere más que ser fiel!

Clara el agua del torrente
pasa y huye... Si la oía;
mi voz muere en la bravía
furiosa voz del torrente.

Solo me encuentro y la digo.
¡Con la voz, trémulo, acierte!
Hay que rendirse a la suerte:
«Sin amada y sin amigo».

¿En dónde estás, amor...?

¿En dónde estás, amor, que a mi conjuro
jamás te dejas ver? Si andas por aquí,
un suspiro de fuego exhala y dí
en dónde estás dentro de este aire oscuro.

Todos hablan de ti,
mas yo nunca te miro aparecer;
de tan pequeño que eres, puede ser,
o porque sólo espíritu hay en ti.

Pero yo con las sombras puedo también hablar,
yo que me he vuelto sombra a fuerza de soñar.
Puede ser que te hubieras escondido de mí,
o que en el infinito los otros te han mirado;
pero dime, siquiera, qué sabor hay en ti,
si estás dentro de este aire oscuro a mi costado.

Desolación

Estoy de pena adolorido;
¿por quién?
Tengo el amor dado al olvido
y duelo fué mi vida ayer.
No puede haber, pues, añoranza
si todo amor reposa en mí
y un tiempo vivo de templanza.
No sé por qué, mas la bonanza
perdí.
Toda la luz de la esperanza
se diluyó dentro de mí
y ahora soy todo desesperanza.
¿Por quién
la pena así mi vida alcanza?
¿Por quién?

Estampas

Los providenciales

Los pueblos se cansan de la rutina de sus hombres públicos

El ostracismo fue en cierta época de la historia de los atenienses una forma de justicia popular. Refiere Plutarco que se le aplicaba a todo el «que parecía sobresalir entre los demás por su fama, por su linaje o por su facundia en el decir» Tomó su nombre del medio empleado para ejercerlo: la concha. Los ciudadanos escribían sobre ella el nombre de la persona contra quien iba dirigido el castigo de expulsión y luego los funcionarios hacían el recuento. De Arístides cuentan que fue sometido a este sufragio y que mientras los ciudadanos se ocupaban de escribir sobre las conchas, él, enmedio de la muchedumbre, observaba. De pronto «un hombre del campo, que no sabía escribir, dió la concha a Arístides, a quien casualmente tenía a mano, y le encargó que escribiese a Arístides; y como éste se sorprendiese y le preguntase si le había hecho algún agravio:—Ninguno—respondió,—ni siquiera lo conozco, sino que ya estoy fastidiado de oír continuamente que le llaman el justo.»

Una forma de justicia popular que se ejercía contra hombres de preeminencia repugnante. Este mismo Arístides de la anécdota sentía lo que pesaba en el destino de su pueblo cuando dijo que «no podía salvarse la república de Atenas si a Temístocles y a él no los arrojaban en una sima.» Los pueblos se cansan de la rutina de sus hombres públicos. Es la rutina de más funestas consecuencias. Todo el prestigio de que aparecen aureolados es farsa y simulación. El ateniense expresó con un sentido admirable su anhelo de renovación. La mente y el corazón de Arístides podían estar llenos de justicia, pero el ateniense estaba fastidiado de tanto oír que se pregonara. Los pregoneros de las

virtudes de los hombres no son por cierto quienes más favorecen su resplandor luminoso. Aparecen o como farsantes, o como prosélitos.

La terrible desgracia para un país es que sus ciudadanos no procedan siempre como el ateniense que puso resueltamente su condenación sobre la concha. Sienten la losa que es para las ideas nuevas el falso prestigio de la mayoría de los hombres llamados públicos, y sin embargo, los siguen tolerando. Se dejan poner en estado de sopor por los pregoneros que esos hombres públicos logran mantener con astucia y maldad. No se preguntan nunca si esos pregoneros pueden ser creídos. ¡Cómo cambiarían los sucesos de un país si perecieran fulminadas por la conciencia pública esas voces cavernosas encargadas de pintar la orfandad y el llanto con la ausencia de los hombres providenciales! Porque detrás de todo el empeño que esos pregoneros ponen no se esconde otra cosa que el cálculo o la estupidez. Y tanta tiniebla hay en uno como en otro vicio. El calculador se llena de todos los superlativos para hablar del hombre público imprescindible sabiendo que mientras el cetro esté en manos de ese hombre, él usará del sésamo milagroso. Las vidas blandas a la adulación entregan al adulador todo. Y el adulador no está allí en donde no hay prebendas y honores. ¿Cómo puede, entonces, un país creer en la prédica hecha por esa casta de adulones sin visión, para quienes la patria no es sino campo de negocios? ¿Cómo puede estar bajo las predicciones de orfandad de los necios, si ellos miden las capacidades de los demás hombres por sus propias limitaciones? Unos y otros son maldición en los pueblos que tienen la desgracia de caer bajo la autoridad de este o de aquel hombre de aureola providencial.

Pero en cada ciudadano hay que despertar el sentimiento de rebeldía que le han apagado los coreadores de los providenciales. La gran enseñanza, la sabiduría inestimable de la anécdota referida por Plutarco, está en que llama a las generaciones de todos los tiempos a librarse de la tiranía de esos predestinados. En Arístides se adulaba su justicia, como se adula en todos los Arístides modernos una excepcional virtud para gobernar a los pueblos. Y en la realidad todo es mentira. Difícilmente el gran gobernante en su turno de gobierno, no deja una huella profunda de renovación. Al gobierno llega no por ambiciones sino movido de aspiraciones, de las grandes aspiraciones de construir sobre principios visionarios los destinos de su nación. Lo que estos pueblos tienen son politicastros y no estadistas. Se desviven, se sacrifican, acuden a las ruindades mayores para coger mando. Prometen grandes eras de renovación, buscan algún gran gobernante a quien parecerse para invocarlo como promesa de lo que harán. Hacen creer que tienen de la nación un sentido superior y no la dejarán perecer, no tolerarán que sus recursos económicos naturales desaparezcan, vigilarán sus instituciones. Y en último caso se dicen nada más que medios para que la gente nueva pueda dar de sí lo que tenga en bien del gobierno de una nación. Son recursos nada más para triunfar, humillaciones por que pasan mientras el mando les llega. Una vez afirmados en el gobierno de un país, llevan al crematorio todas las máscaras usadas en la campaña. Ahora se muestran como han sido, como son, como tienen que seguir siendo, porque el gobierno de un país nunca les ha importado sino como medio para satisfacer vanidades, para imponer caprichos. ¿Con qué plan de administración se les ha visto aspirar a crear generaciones que lo respalden, que lo nutran cada día de mejoras? Para esos predestinados, en ellos comienzan y acaban las generaciones que pueden sustentar la vida independiente y grande de un país. Son profundamente egoístas. Por eso pasan por el gobierno y vuelven la espalda a la gente nueva. Saben que el contraste será mayor cuanta menos gente preocupada aparezca. Mientras lo que se vea por todas lados sea el rebaño, ellos seguirán dueños de su misma estatura destacada con proporciones gigantescas.

Ese es el providencial que los adulones le imponen a los países indiferentes que viven una vida de sopor. Pero a esos adulones, que muchas veces invocan hasta la biología para justificarse, hay que oponerles generaciones que hagan lo que el ciudadano ateniense hizo con Arístides. Generaciones despiertas que graben en la concha del repudio sus aspiraciones porque la patria reciba otros influjos. No es posible esa prolongación interminable de providenciales a que quieren someter los adulones a los pueblos. Cada generación da sus hombres y para ellos tiene que haber acceso libre a las funciones públicas superiores. Es natural que no puedan esperarlo de los providenciales y sus coros, pero deben hacerse dignas de que les llegue, precisamente luchando noble y virilmente contra los vicios reinantes. No han de pretender imponerse las gentes nuevas sin un gran esfuerzo por aplicar el implacable ostracismo a aquellos hombres que adueñados de un país, se arrogan todos los derechos de pensar por él, de sentir por él, de hablar por él y hasta de respirar por él. El ostracismo, no en el sentido geográfico que le daban los atenienses, sino más bien en el sentido político y espiritual. Sacar de todos los respiraderos libres de un país esos tarugos impermeables a que los han sometido por décadas los cuatro o cinco providenciales reinantes. Pero antes tenemos que aplicarnos a nosotros mismos el ostracismo, abrirle nuestra mente y nuestro espíritu para que limpie los prejuicios que el gobierno de los providenciales ha ido sedimentando a través de los años. El ostracismo aplicado así es realmente saludable, porque deja sin fundamento la autoridad de esos providenciales. Y ellos no privan en un país que recibe ideas, que cancela las rezagadas día a día, que tiene abiertos sus oídos al rumor de civilización que conmueve al mundo. No privan en medio de generaciones vigilantes que higienizan su mundo interior con esmero infinito.

Hagan las generaciones nuevas un medio fecundo de gobierno y encuéntrenlo en el ostracismo, aplicado no a fulminar los predestinados, sino los males que ellos han impuesto. ¿Cómo podrían hacer juguete de sus intereses, de sus vanidades, de sus pasiones, a un país que no se deja sorprender, que está despierto, que no se alimenta de lo que le sirven, sino que busca con inquietud las ideas transformadoras y las impone severamente?

Juan del Camino

Cartago y diciembre del 30.

Los poemas de Joaquim Folguera

—Del Prólogo de las *Poesías* de Joaquim Folguera. Versiones de Emilia Bernal—

19 de abril. — Fué todo un ¡ay! de amor el libro de su vida. Veinticinco volúmenes de a trescientas sesenta y cinco páginas, ni más ni menos, cada uno.

Nació y vivió bajo la influencia de los dioscuros: soledad y silencio. Soledad y silencio que complementan a todas las almas idealistas.

Toda su poesía ingrávida y abstracta se sustenta en el anhelo.

Enfermo y recoleto, contradictoriamente combinadas sus posibilidades con sus potencias activas, surge de aquí una rica vida interior llena de movimiento donde los deseos se realizan todos en el plano del ensueño.

Prudente y osado, sensual y casto, lleva una batalla de pasión donde se queman secretamente, una por una, todas las fibras de su ser.

Y si, como quiere el Talmud, todos nuestros deseos de amor latentes e irrealizados, se vitalizan en el espacio tomando forma de duendecillos, que durante las largas horas de insomnio y las profundas de sueño vienen a turbarnos con punzantes tentaciones y pesadillas reclamando una existencia a que tienen derecho y que no disfrutan a causa de nuestra lenidad ¿contra quién deben volverse esos duendes malévolos, cuando no sea la indiferencia, sino el infortunio, lo que impide a los amorosos pasivos realizar sus violentos deseos de amor?

El caso de Joaquim Folguera parece demostrar que se vuelven contra el mismo inculpado paciente, pues que vive torturado por un afán de compensación y por una ansiedad de afecto que prolonga y extiende en todos los sentidos en que se irradia su personalidad hasta invadir el campo de las cosas inertes.

Pero este darse constante no le calma porque su naturaleza ardiente requiere otras dádivas que el destino le niega.

Y la tragedia de su espíritu alumbra desgarradora en torno y todo su verso es la expresión de esa búsqueda infructuosa de compensaciones que siempre espera.

Místico del amor, nos lo hace sentir misteriosamente a través de ella, como todos los soñadores máximos que dan la viva sensación de la realidad que sólo conocen por su sed de poseerla. Así Goldsmith, el peregrino, nos pinta con tan encantador realismo el hogar en su *Vicario de Wakefield*.

Del mismo modo que en Banville la palabra *lira* y en Leconte de Lisle la palabra *negro* son el *leit-motif* de sus obras, en Joaquim Folguera la palabra *amor* es, no un oriflama de triunfo, sino el sello sangriento estampado en cada una de las hojas del libro de su existencia.

Joaquín Folguera desapareció de entre nosotros[1] llevándose ese mundo interior que él mismo se había creado y en cuyos ámbitos recibía las visitas que la divinidad le deparaba, para emplear la imagen de Shelley; pero nosotros vislumbramos ese mundo al través de sus poemas y aunque no podamos reconstruirlo, sentimos su presencia perenne, como algo que no puede morir. La presencia de este mundo vislumbrado o de lo que queda de él, al través de la obra del poeta, nos obliga a acercarnos a esta obra con la devoción que infunde todo lo que está impregnado de divinidad. Y el espectáculo será más conmovedor cuando se acerque a los destellos de este mundo el mundo viviente de otro verdadero poeta que busque en ellos el sentido de un mismo arcano, el reflejo de una misma luz, el eco de una misma palabra o la vibración profunda de una misma sensibilidad. En este caso, el mundo viviente del poeta que recoge y traduce, al través de su propia emoción, los destellos del mundo desaparecido, reanima con su aliento estos destellos y, aún siendo fiel a su esencia, les da una nueva expresión, que es como infundirles una nueva vida. Y esto es lo que ha hecho Emilia Bernal al acercarse, tímidamente primero, pero apasionadamente después, a ese tesoro de sensibilidad y de lirismo que es la obra de Joaquim Folguera.

Alfonso Maseras

De Joaquim Folguera bien se puede decir aquel *Consumatus vita brevi, explevit tempora multa.*

Muriendo a los veinticinco años, en sus poemas más personales y característicos encontramos la madurez de los más grandes maestros. El canto que dedicó al silencio, más que una vida tan corta, supone una cultura de nueve promociones.

Fué poeta humano y profundo, y de un cerebralismo tan cálido y sensual, que daba carne y tibieza y forma a las especies más abstractas.

Al cantar las cosas externas, concretas y materiales, era un hombre de sufrimiento, tanto si lo hiciera en el tono sincero del ansia que lo desesperó como si lo disimulara bajo el velo de la ironía. En uno y otro caso, siempre gran poeta. Pero al cantar las cosas abstr[illegible] al plasmarlas, era un dios, con un impulso y gracia de crea[illegible]o creemos que haya sido superado por ninguno de los qu[illegible] le precedieron ni de los que le han seguido.

El camino que lo condujo a esta selva, que él mismo se

[1] Nació en Sabadell el 24 de octubre de 1894. Murió en Barcelona, el 23 de febrero de 1919. Obras: *Poemes de neguit* (1915); *El Poema de espars* (1917); *Obres completes: Vol. I Noves valors de la poesía catalana* (1919); vol. II, *Poesies* (1920); vol. III, *Articles* (1920); vol. IV, *Traduccions i agments* (1921); *Poemes* (edición de homenaje con pórtico de J. M. López-Picó) (1925).—Véanse: A. Schneeberger: *Anthologie des Poètes catalans contemporains depuis 1854.* (J. Povolozky & Cie., París, 1923); Rudolf Grossmann, *Katalanische Lyrik der Gegenwart* (Hamburgo, 1923); Cesare Giardini, *Antologia dei Poeti catalani contemporanei* (Torino, 1926).

(Pasa a la página 351).

Hombre de acción condenado a la inmovilidad de por vida, posee un espíritu tan decidido y tan fuerte que logra atenuar sus padecimientos, y poco a poco vencerlos, y cuando ya se *levanta y anda* por el *resurrexit* de su vehemente imperativo, viene de súbito la Muerte que, echándole su manto blanco desde las alturas, nos lo hace invisible y se lo lleva...

¿Qué secreto designio mueve las acciones fortuitas que así vienen a confirmar estados que, rebeldes, defraudamos?

Tal cual si Joaquim Folguera hubiese sido hecho para el martirio. Libre ya de él no podía subsistir en contra de su sino. ¿Valetudinario hubiera permanecido indemne?

¿Ese su tanto soñar e invocar a la Muerte, retarda el eco en el infinito y la Ausente, que alejada no lo escuchó, vino a percibirlo tarde cuando ya la vida parecía dispuesta a sonreírle?

¿O es que, omnisciente, conocía el secreto de su porvenir y fingió la sorda para venir a buscarle luego, acudiendo a su llamada cuando ya no era para él la Soñada, sino la Malaparecida?

¡No sé! ¡No sé! Sólo sé que la obsesión de su verso lancinante y de su candorosa batalla, conmueven y conmoverán eternamente a quien sepa poner el oído sobre las palpitaciones humanas.

Yo soy bastante veleidosa; pero un momento nada más he puesto la oreja sobre esa caja de música doliente y un ímpetu de acercamiento perfecto y un exultador impulso de comprensión me ha obligado a taladrar hasta el meollo su corazón adolorido, a través de la eternidad, con intención de subsanamiento.

Que sea una mujer, solamente sensible, quien lo ame bastante para interpretar su amor desamparado rompiendo el crespón de su soledad y su silencio.

Obra del corazón ha sido, pues, la castellanización de un libro escrito originalmente en un idioma, que en absoluto, desconozco.

Sin embargo: costándome algún esfuerzo al principio... después... impulsada de no sé que vértigo espiritual han ido saliendo los poemas tan de prisa, tan claros, tan hechos de mi pluma, como si no pasasen por mi mente acalorada hasta la fiebre.

Si palabra encontré desconocida, urgente, hasta no poder desprenderme un instante de la labor para consultar el diccionario, la suplí por aquella castellana que en mi sentir la equivalía. Ratificada luego, resultó siempre ser la misma o la misma intensificada.

A veces, no he podido verificar por negligencia de mi obra de consulta; mas como no espero

(Pasa a la pág. 351)

Mi Simón Bolívar, *libro de Fernando González*

=Envío del autor=

Es como una continuación del *Viaje a pie* esta primera parte en que el autor nos cuenta la vida de don Lucas Ochoa, filósofo y poeta, escéptico y realista, plácido y atormentado, de delicadezas refinadas y de vulgaridades excesivas, de humor cambiante en fin, que acometido por la idea, luego por la obsesión, de escribir la vida del Libertador, pero viviéndola primero en él, vela las armas como el mejor de los caballeros, se entrega a los ejercicios espirituales de San Ignacio para adaptar el ánimo a la robusta empresa, y deja vagar la mente desde lo más recóndito y sagrado como un teósofo en trance de proselitismo, hasta lo más cuotidiano y familiar, propio para el empleo de los conceptos atrevidos y de las palabras espesas.

Es un tipo extraordinario este que nos pinta Fernando González, con pluma a un mismo tiempo trascendental y juguetona, pluma de colibrí, tajada para los más finos comentarios, donde la profundidad corre parejas con la sutileza, servida por una tinta tan fluida que de pronto se escapa y deja en la página armoniosa formidables borrones. Víctima de la sensualidad, en su forma más animal y sabrosa, no puede encumbrarse sin descender a gozarla, cual si el ascenso no hubiera tenido otro objeto que el de descubrir la presa, para caer sobre ella con las garras de los cinco sentidos. Reflexivo por naturaleza, con deseo de superarse, dueño de una filosofía que le hace descubrir las fealdades de la especie, vacila entre Nietzsche y la ciencia del buen hombre Ricardo. Los ejercicios de mejoramiento espiritual tienen en él la trascendencia que prepara el tipo de los dominadores, y la ingenuidad del niño que apunta sus pecados, para que ninguno se le vaya a caer de la memoria, cuando se halle de hinojos ante el fraile gordiflón y enemigo del baño, que le habrá de dar la absolución para alcanzar, en la misa del día siguiente, la dicha de gustar el blanco pan de los ángeles.

Es un hombre en perpetua tensión, pero que salta del tema más encumbrado al más sencillo y de la flor al estiércol. Con una grosería española, muy del agrado de los paladares adictos a la mostaza, que lo son los de la mayoría de los hombres, pero puesta en capas demasiado gruesas y demasiado frecuentes, hace burla de todo, empezando por él mismo. Tienen facetas sus ojos, como los de las moscas, y algo como el poder del microscopio, que en las superficies más pulidas halla poros y en la belleza más tersa encuentra grietas. Cargado de pensamiento, por no poder con él mismo, se difunde, y estalla en chocarrerías, en ingeniosos apuntes, en chistes excelentes, en vocablos de cuartel, en arranques de exasperación que se resuelven en risa. El ambiente está bien, pero los hombres le parecen mezquinos. Nada hay más feo, más moreno, más pequeño, más enteco, más pobre de magín, que los suramericanos, que ofenden al mono si se dicen descendientes de él, que no tienen siquiera la gracia y la fuerza del rabo prensil, y viven agitándose, mientras llega, como tipo de una deplorable civilización, el gran mulato.



Fernando González

Fragmentos del notable libro* Mi Simón Bolívar, *Vol. 1 (Lucas Ochoa). Por Fernando González. Manizales. Colombia. Dedicado al Mayor Santander y al General Páez.

Lucas Ochoa ha vivido la mayor parte de su tiempo entre la gente morada de Colombia. Aquí han venido mezclándose las razas incensantemente hasta producir este tipo peculiar, enclenque, pequeño, de uñas violadas y amigo de los congresos, que es el colombiano.

Recorrió Lucas hacia el norte y hacia el mediodía, al levante y al poniente, en busca inútil de la belleza humana. Entonces fué al pasado y halló que en Santiago de León de Caracas había nacido, a la una de la mañana del veinticuatro de Julio de mil setecientos ochenta y tres, un español criollo, heredero de toda la energía de los conquistadores, y que en su corta vida de cuarenta y siete años, cuatro meses y veinticuatro días había cumplido los siguientes principios en que se resume la actuación de la energía humana:

I.—Saber exactamente lo que se desea;

II.—Desearlo como el que se ahoga desea el aire;

III.—Sacrificarse a la realización del deseo.

Este hombre fué *Simón Bolívar.*

Encontrada la belleza humana, se aisló Lucas de sus conciudadanos y se entregó durante años a realizar en sí mismo al héroe.

Observemos los cinco países independizados por Simón Bolívar. Están poblados por gentes variadísimas: negros, mulatos, mestizos, zambos... Un teatro, una reunión cualquiera, una iglesia, una escuela, son aquí como una colcha de retazos. No hay tipo determinado. Y son enfermizos como todo híbrido. Muy sensuales. El uso prematuro y el abuso de la sensualidad nos determina esta multitud de hombres torcidos y sin propósitos. Llega la excitación y la arrojan ahí mismo en gritos, en palabras, en piedras... No hay control. Falta aún el hombre.

Cuatro de estas repúblicas han estado en manos de dictadores viles y la otra se echa como pava en celo y no hay siquiera el dictador que la posea.

Yo no soy, yo, Lucas Ochoa, sino un teólogo. He escogido la mejor parte: disputar con el Maestro. No puedo más que excitar al dictador. Hombre sin propósitos, y Bolívar tuvo un sólo propósito; hombre de finalidades conyugales, y Bo-

(Pasa a la página 347)

Así Lucas Ochoa, que tan pobre opinión tiene de sus coterráneos, que aborrece las costumbres infelices de pueblos clericales y sucios, harto de hipocresías y petulancias, irradiación, para él, de los híbridos que somos y continuaremos siendo, se enfoca en el propósito de procurarse un método, como el personaje de Barrés, y de la ironía a la cólera, del desdén al fastidio, por entre bostezos y por entre campanadas de risa, muestra la vaguedad de sus deseos, el lujo de sus pensamientos, la versatilidad de sus estados de ánimo, muy cuerdo y muy loco, con movimientos de saurio, que se adormece en la playa y resbala cuando llega la ola arrojada por el buque, y grandes aletatazos de águila, que se pierde en el azul y deja la sensación de un viaje de explorador a los astros. No quiere ganar reputación de estoico, ni de pensador, ni de soñador, ni de sátiro. Alejado de la tierra, cuando el curso de sus pensamientos parece llevar al lector, acezante, deslumbrado a las vecindades del sol, cae verticalmente, y adrede para no parecer interesado en una labor metafísica. De igual modo, a la inversa, cuando su alegre picardía ha empujado las imaginaciones sobre el carril libidinoso, y el viaje es excitante, acelera el movimiento, hace nacer los deseos, y en lo mejor de la fruición, santamente aquí, como diabólicamente allá, pone alas a la locomotora.

Le ha entrado el antojo de hacerle recordar al lector que la carne es la trizteza y que el goce cabal se encuentra arriba.

En su manera de escribir se producen a menudo uno, dos y tres desdoblamientos. No somos lo que somos. Somos muchos en uno. Todo nos atrae o puede atraernos, para que los diversos individuos, que conviven en el cuerpo feo de donde parten, puedan entregarse libremente a sus varias aficiones. El menor detalle exterior o interior cambia el ánimo, es decir, encadena a uno y pone en libertad a otro de los individuos. Hay algo aquí del método proustiano, en la persecución del misterio, de la conciencia, del espacio, de las diferentes velocidades del tiempo. La mujer quejumbrosa que con una simple mirada daña el día de Lucas Ochoa, que había salido alegre, es, un caso semejante, desde el otro lado de la barricada, al fenómeno que se produjo en Proust niño, lleno de fastidio, que al morder uno de esos bizcochos que llaman magdalenas se sintió de pronto invadido, aislado, sin noción de causa, por un placer delicioso. Es que la esencia no estaba en él. Era él. La verdad no estaba en el objeto aquí, ni en la mujer allá, sino en Proust y en Lucas Ochoa.

Aquél analizó hasta encontrar, hasta agarrar al vuelo, el recuerdo que huía. Era una asociación de ideas, en que el bizcocho humilde se mezclaba al recuerdo subconsciente de algo muy querido. Así pudo escribir tan bellamente: «Cuando de un pasado remoto nada subsiste, después de la muerte de los seres, después de la destrucción de las cosas, solos, más débiles, pero más vivaces, más inmateriales, más persistentes, más fieles, el olor y

el sabor se quedan todavía, por largo tiempo, como almas, para acordarse, para desear, para esperar sobre las ruinas de todo lo demás, para llevar sin doblegarse, sobre su gota casi impalpable, el inmenso edificio del recuerdo». Lucas Ochoa no hizo lo mismo. Pero la tristeza en él, surgida de la rápida observación de la mujer, era un recuerdo, otra asociación, algo que de su memoria se perdió, pero que quedó en la subconsciencia.

Peligroso es el sistema de dejarse atropellar por los propios pensamientos, por el aspecto cambiante de las cosas. A Lucas Ochoa le pueden salir imitadores, lo que sería una peste, porque sin su talento, sin su ilustración, sin su fecunda originalidad. del propio modo que don Estanislao Gómez Barrientos interrumpe, con gracia del narrador, una meditación sobre Bolívar o que la fantasía del autor se larga tras de consideraciones acerca del timbre de la voz, de la significación de las miradas, de la inquietud que pueden hacer nacer dos senos florecidos como diría Rivera, podrían verse interrumpidas muchas narraciones coherentes y y hasta interesantes, por declaraciones triviales, como sería, en una obra cualquiera, de arte o de ciencia, contar que en el preciso momento de escribir cierto párrafo se sintió obligado el autor a quitarse una pulga. Rigurosamente histórico y rigurosamente real, y hasta propicio para decir muchas cosas ingeniosas acerca de las pulgas y acerca de los sitios en donde a veces se esconden. ¿Pero qué se hacen los personajes de la historia, de la novela o del drama, cuando esas lagunas se abren voluntariamente? Otra cosa, pero ardua, es hacerlo con la inteligencia, con la chispa de Fernando González.

Lucas Ochoa escribe la historia de Bolívar. Mejor dicho: la anuncia. Este primer volumen es el Bautista del otro. Es un motivo intelectual, como dice el autor, para preparar el advenimiento de la obra en que Bolívar humanizado, demasiado humanizado a trechos, pasará hacia los espacios que quedan más allá de la vista sobre un corcel de llamas. No gusta Lucas Ochoa de la literatura. El semidiós, el «grande en el pensamiento, grande en la acción» de Rodó, se le estomagan. El querer al hombre diario, al de las asperezas y el de los disgustos, el de los gritos, el de los vizcaínos, el gallo de corral en materia de mujeres, que no tuvo compromisos sino con la carne, ausente el corazón, lo que negamos, pero que él ve en esa forma en el hombre chiquito, flaco, de chillona voz, que con gorra de campaña, vestido de levita azul y montado en una mula se presentó, en la famosa entrevista de Santa Ana, al general Morillo.

Le ocurre, y hace bien en pensarlo, que el hombre así, sin carne, sin belleza, sin garbo, de apariencia ridícula o insignificante, al extremo de que Morillo no quería dar crédito a sus ojos para reconocer en tan pobre sujeto físico al grande entre los grandes, resulta aún más grande. Era que tenía unos ojos!... Y entre los ojos, detrás de los ojos, y en todo el cuerpo, un alma!... ¡Qué alma! El autor no quiere que sea nuestra. O lo quiere, pero no acierta a comprender cómo pueda serlo. Con cuerpo y todo se la regala a España. Bolívar es un europeo, un vasco, con un sueño de grandeza por realizar. No cabe en un continente de mulatos. Todo lo de aquí es enano ante el hombre de conciencia continental que Lucas Ochoa nos impele a admirar en cuatro patas.

Tiene sistemas de analizar, presentaciones, arranques hacia lo difuso, parecidos a los de don Simón Rodríguez. Sólo que con más donaire. El maestro de Bolívar publicó en 1830 un librito en Arequipa que llevava este título: *El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas, defendidos por un amigo de la causa social.* Talvez no figura en la biblioteca de Lucas Ochoa, el hombre que se documenta, ni habrá quien se lo preste, por temor a que se lo llene de notas y desgarraduras. ¡Pero como si lo tuviera! Eso de medir las almas y de establecer el porcentaje que tengan de concentración, firmeza, alegría, valor y el resto, como si se tratara de un compuesto químico, es pura genialidad, adivinación, de don Simón Rodríguez. Su libro es fatigante. El de Lucas Ochoa es de una amenidad, de una penetración, de una riqueza extraordinarias. No le faltaron a don Simón apuntes tan certeros y risueños como éste: «Ladrón no es injuria en América: así se trata a todo el que tiene algo a su cargo, aunque sea una torre o un arenal». Lucas Ochoa diría: criterio de mulatos. Pero es de humanidad. La humanidad es mulata.

Lucas Ochoa los ve sólo en América. Aspira a tener conciencia cósmica, y nadie hay más atareado en todo lo contrario a la adquisición de esa conciencia. Especialmente ve mulatos en torno de Bolívar. Con rendida idolatría, contradiciendo cuanto fué inicial propósito de humanización, para hacer resaltar sobre el barro primitivo las enormes condiciones del héroe, lo pinta solo, abstraído, acompañado por sus sueños, obligado por el llamamiento de su obra a bajar a la charca donde estaban sumergidos todos sus compañeros. ¡Qué concepto tan injusto acerca de éstos, o tan enaltecedor, según por donde se le tome, porque sería un prodigio que pobres ranas del pantano nauseabundo hubieran sentido su atracción y le hubieran hecho posible la libertad de América!

De manera especial, como cualquier José Bolívar de las horas difíciles en que la nación se formaba, Lucas Ochoa se ceba en Santander. El odio solapado, la envidia metódica, la sola conciencia del dinero, la cobardía que no aspira sino a sstar cubierta, con algo doloroso en el alma, y un concepto de ésta y una descripción de la muerte del prócer que hieden en el libro. a eso queda reducido el Hombre de las Leyes. Cuando hace fusilar a los prisioneros de Boyacá, dolorosa medida que consideramos un lunar en la vida magnífica del organizador de Colombia, pero que él supo defender en uno de los mayores documentos que haya dado cualquier hombre de Estado en nuestra tierra, Lucas Ochoa se exalta hasta llamarlo asesino de Barreiro, Cuando Bolívar hace fusilar a Piar o decreta la guerra a muerte, es el hombre de conciencia casi cósmica, que hace lo que le viene en gana para atemorizar o alegrar a los mulatos. Sin solución de continuidad hallamos el perdón y la diatriba.

Pocas veces ha ascendido tanto un escritor en la contemplación y en la interpretación de un alma, como Lucas Ochoa en el análisis soberbio de Bolívar. Tres documentos de excepcional elevación, estremecidos por el aliento profético—el manifiesto de Cartagena, la carta de Jamaica y el discurso de Angostura—le sirven de alimento para la sublime concepción, después de haberlos tomado como punto de partida. Allí está el Bolívar genial, superior a todos sus contemporáneos en el nuevo mundo, con visión apocalíptica, buzo de las edades, mago y señor de los pueblos que oyeron el clarín de su voz y fueron libres al golpe de su espada. Hizo, como nadie, presente el porvenir y mostró los escollos de la ruta, los arrecifes peligrosos, enhiestos en la mitad del océano. Y fué el hombre de la conciencia continental, como lo grita el biógrafo con sobra de razón, como no lo fué ni de lejos ninguno de sus compañeros.

¿Superior a todos? Nadie lo discute. Ni había nacido en el mundo de Colón, ni ha nacido nadie todavía, nadie que se le parezca. Como Jesús en Galilea, fué puesto en América expresamente por Dios. A donde quiera que fué llevó el destello de su misión divina, y lo mismo en sus aciertos y en sus triunfos, en sus abnegaciones y en su resolución, en su tenacidad y en su coraje, que en sus errores y en sus culpas, fué grande. Bolívar fué grande hasta en sus pequeñeces. Todo lo suyo está marcado con la huella del genio. Tiene razón Lucas Ochoa en afirmar que, no obstante sus cartas amorosas y otras sensibilidades, el Libertador no fué, no pudo ser, romántico. Fué un realizador, aunque la conciencia continental resulte, en medio de mulatos, el colmo del romanticismo.

¿Pero qué hace un pueblo que no alcanza a esa concepción—y ay! de él si la tuviera!—detrás de un hombre de conciencia continental, cuando su única ambición, su única necesidad, es hacer patria? Tras del corcel desbocado de la genialidad, Santander representó el equilibrio. Era más hombre de gobierno, más hombre de patria, que el otro. Los hombres de conciencia continental rompen cadenas, arrasan fronteras, escriben su nombre en las nubes. Pero no gobiernan. Los mulatos, embobados, ofuscados, con la saliva en las comisuras de los labios, se le entregaron para que realizara sus prodigios, como si el país fuera inerte. No concebían nada más allá, ni nada más arriba de ese hombre. Ocurrió el milagro de Santander: otro hombre con dotes esclarecidas de organizador, con un sentido más hondo de la inmediata responsabilidad, con conocimientos más metódicos en la ciencia del gobierno, que mostró en el hombre, y más allá del hombre, lo estable, lo sagrado, lo provechoso: la ley.

Los hombres de conciencia continental, cumplida la misión libertadora, entregados a los sueños imposibles, son superiores a los entendidos en administración, en la historia. Gústele o no a Lucas Ochoa, cuya mano valerosa estrechamos cordialmente, eso es literatura. En la realidad, esos hombres de conciencia tan formidable, revientan. Es extraordinariamente sencillo imaginar al hombre cósmico. Puede ser Jesucristo o puede estar en el asilo de locos. En la vida corriente el sér así dotado debe ser infinitamente dulce o debe estar realizando una labor trascendental, pero posible como parte apenas de lo que quieren los sueños. Bolívar mismo vió mejor que nadie, sus limitaciones. Decir que no era un hombre de gobierno es sencillamente repetir sus palabras.

Santander sí lo era. No queremos sugerir que la totalidad del individuo era superior al otro.

Más grande que Bolívar no ha habido nadie, desde cuando fueron descubiertos los aztecas, los chibchas y los incas. Pero por la faz administrativa era inferior a Santander, como hubiera sido inferior en fuerza a un boxeador, en dibujo a un pintor, en el arte de sanar a un médico. Lo que Bolívar quería realizar con un vuelo a las nubes, Santander lo ayudaba a realizar sin perder el contacto con la tierra. Así la libertad del Perú. Concepción generosa del primero, no hubiera sido posible sin el paso firme, meditado, autorizado, del último. Con la conciencia continental de Bolívar, muerto él habríamos vuelto al dominio de los españoles.

Se necesitaba la conciencia de patria, más chiquita desde luego, pero más tibia, más honda, más querida, y esa la imprimió Santander. A Santander, antes que a nadie, le debemos la fisonomía, el arraigo civil, el sentido de la evolución, la fe en nosotros mismos.

Santander sí creyó en la democracia. Bolívar, superior al ambiente, dudó siempre de ella. De resucitar los dos, éste se asombraría de encontrar repúblicas en donde temió que invadiera la maleza o que se formara el desierto, devoradas unas por otras, y en turno riguroso, las facciones. Santander vería todo con calma y apuntaría los aciertos y las deficiencias, con la sonrisa y la frialdad de un experto. Hace una atinada observación Ochoa: «Toda Nueva Granada es Santander y toda Venezuela es Páez». La había hecho García Ortiz. La intención de éste, tan informado, tan elocuente, tan sagaz, fué exaltarnos. La de Ochoa, deprimirnos. Para nosotros es motivo de orgullo el que Colombia con virtudes y vicios, alegrías y dolores, victorias y derrotas, se vea en Santander como en el más fiel espejo.

Lucas Ochoa, con fina interpretación del alma de Bolívar, muestra cómo infiltró el odio al español como un medio de dominación, es decir, de triunfo, en la guerra sin cuartel cuando fué necesaria, y explica cómo quiso sembrar el amor al español, como medio de consolidación, cuando pensó en que ese pueblo era «el llamado a poblar nuestros desiertos». Es claro que la gente no entendía. No se ha acabado de entender el republicanismo, que es de ayer, no se entiende la concentración nacional, que es de hoy, qué se iba a entender, en todas sus inmensas proyecciones, lo que sería de mañana! Y Bolívar, a quien le faltó comprensión del alma de su pueblo, porque la conciencia continental no le dejaba detenerse a interpretarla, se desesperaba. Tenía un ritmo de gloria, de grandeza. Santander, más modestamente, pero más útilmente en la paz, tenía un ritmo de república.

———

Ha hecho muy bien Fernando González en prestarle su estilógrafo a don Lucas Ochoa, aunque éste, que tiene ideas muy modernas acerca del derecho de propiedad, lo cree suyo, y grita como el dueño de la espada imperial: «Nadie lo coja!» Debería solamente acompañarlo a meditar, o no enviarle el catre doble que lo obliga a tántos escarceos, en que la obsesión sexual lo atosiga hasta mezclar las observaciones de la pasión en relaciones austeras y le perturba la mente al extremo de que cuanto no es rendimiento le parece mulatez en las relaciones de Bolívar con sus conmilitones. Mientras tanto, la muestra que ha querido darnos, en su libro contradictorio, desigual, enloquecido, alucinante, de abundante jugo, saturado de ideas, es una de las aproximaciones más originales y más bellas al alma de Bolívar, quien sale de la vulgaridad de su condición física y de sus pasiones tremendas, aunque transitorias, como el espíritu radiante que se eleva hacia Dios, y se desprende del globo miserable donde las conciencias continentales continúan siendo ilusorias, para indagar si es diferente la composición de los astros...

L. E. Nieto Caballero

Fragmentos del notable libro Mi Simón Bolívar

(Viene de la página 345)

lívar lanzó el dardo de su anhelo más allá que Zarathustra.

———

Porque tú debieras conocer que los trifonas tienen tanta importancia como los hormonas en una biografía. Éstos son excitantes de la actividad funcional y provienen de glándulas especiales, mientras que los trifonas son sustancias fabricadas por ciertos glóbulos blancos de la sangre y presiden la cicatrización y regeneración de los tejidos.

La gran actividad provenía de los hormonas en Bolívar, el Libertador; pero era un efecto de los trifonas su magnimidad, el olvido de las injurias personales. Al gran desgaste de los los trifonas se debió la vejez prematura de este ser superior que efectuó su obra con hombres tan pequeños que toda su vida fué un perenne desgaste de poder cicatricial.

Indudablemente Suramérica, por su extensión territorial, por la hibridación étnica, por la riqueza y variedad de sus tierras y sus climas, está destinada a ser la cuna del hombre tipo y unificado, la gran democracia.

Si buscamos lo absoluto como el millonario Barnabooth es porque somos un gran ensayo sociológico y estamos desequilibrados. No hemos podido adaptarnos. En las demás partes los hombres están separados por su color y por su patriotismo. Aquí todos los días hay un cambio y un experimento. Si llevamos cien años de luchas y de tanteos, estériles en apariencia, es porque los grandes seres crecen lentamente.

Resulta, así, que Bolívar fué el que cumplió uno de los actos más trascendentales en la humanidad, lo cual se reconocerá cuando en los siglos se realicen los hechos. Se dirá entonces que el Libertador creó y dió carácter a uno de los capítulos más complicados y preñados de consecuencias en el desarrollo del hombre hacia su fin, que es la conciencia universal. Vendrá inmigración de todos los puertos, porque aquí hay tierra y riquezas y tendemos a la libertad, y se fundirán todos los organismos y aparecerá el verdadero hombre, *el gran mulato adaptado*. Se fundirán todas las religiones y aparecerá una gran unidad ideológica, unidad de amor y de conciencia.

———

Individuo es el que no forma parte de la comunidad, es el que está completamente deslindado por cercos firmes de calicanto. ¿Qué son estos cercos? Son las ideas y deseos y odios y amores sólidos, rotundos, propios.

¿Y cuál es el hombre más individuo que ha tenido la tierra?: *Simón Bolívar.* Nadie influyó en él; era un gran centro de conciencia. Llegó a tener, no solamente conciencia continental, sino ratos de conciencia cósmica. La individualidad, en él, se percibe tan de bulto como la más alta montaña.

———

Simón Bolívar embarga todos mis sentidos con sus emanaciones de individualidad.

———

Imitemos la educación que recibió el Libertador: Pongamos al sol, a toda la energía, cada parte de nuestros cuerpos desnudos. Pongamos al sol nuestras glándulas seminales y dejemos que él penetre en todos nuestros esfínteres. Así fué educado Simón Bolívar, entre el agua, entre el aire. Nosotros hemos vivido entre los libros.

El sol penetra en mi garganta y calienta mis dientes duros. Para rehacer a Colombia debemos enseñar a los niños el amor cósmico; alejarlos de las letanías, *de las escuelas sentadas.*

———

He descubierto que el único hombre cuya conciencia haya sido siempre continental, en Suramérica, y que por instantes tuvo conciencia cósmica, fué el Libertador.

A poco me dije a mí mismo: ¿Qué me importan mis personajes abstractos? Bajaré a la tierra a buscar al hombre de acción. Aquí tengo uno que recorrió, en ir y venir constante, millones de kilómetros cuadrados, bregando por formar hombres y patrias. Si no hubiera existido esta tierra por independizar de España, indudablemente no habrían podido aguantar en su casa a Simón Bolívar. Es el tipo de hombre de acción que yo necesito para curarme de mi cansancio ideológico

———

Donde estaba Bolívar estaba el triunfo y estaba Suramérica. Por eso, la gran conciencia de Camilo Torres se expresaba así: «En Bolívar está la Independencia». El hombre no es causa, sino que se actúa, se realiza a sí mismo. Si no fuera así, tendríamos que Jerónimo, el portero del Juzgado, podría a su antojo ser un Simón Bolívar. Esto es creer en la libertad, o sea, en el desorden. Si uno fuera libre de ser santo o diablo, imbécil o genio...

———

El secreto del progreso para Colombia está en el maestro de escuela: enseñar a los niños a creer en sí mismos, en sus fuerzas; hacerlos sensibles al orgullo racial y al sentimiento de *propia expresión.* Necesitamos hombres que se sientan ofendidos al recibir de fuera. Recibir de otros es una cobardía. ¡Inventen, actúen, realicen, niños colombianos! No tomen prestado, no reciban regalos, no pidan! ¡Qué vergüenza es hoy nuestra pobre patria! En tiempos del Libertador, Colombia irradiaba, imponía al mundo sus conceptos de Libertad y de Gloria. Pero, ya murió Simón, y debo contenerme. Debo contenerme ante el recuerdo de Páez y del Mayor Santander, conciencias orgánicas.

———

El metro, señores, sirve para medir los pueblos. América no tiene santos porque su mensura no da conciencia cósmica. El grande hombre no resulta sino en grandes pueblos; es una florescencia y necesita de tiempo y disciplina racial. Bolívar, por ejemplo, era español; su grandeza hay que buscarla en la vieja raza vasca. Los pueblos se pueden clasifica por el grado de conciencia a que ha llegado la mayoría de sus habitantes. El tipo propio de Suramérica es el mulato, y no puede suministrar aún sino conciencias orgánicas, a lo sumo conciencias de montoneras errantes y dispersas. Ahí está uno de los elementos de la tragedia bolivariana: una conciencia continental, Bolívar, en medio de mulatos. Estos alcanzan a lo sumo a producir el tipo Páez, cuya patria se reduce al río Apure. Páez, Padilla, Piar, Infante, etc., son hombres muy inferiores, situados al comienzo de la escala humana.

———

Los activos tienen arraigados los conceptos de patria, continente, propiedad, ajeno, etc. La mayor perfección está en la conciencia cósmica. De ahí que a los activos por esencia, como Bolívar, los aplaste su misma obra, pues toda acción es por sí misma ilusoria, fenoménica y no satisface. ¿Cuál hombre activo no ha muerto en la tristeza? Todos mueren desilusionados y tristes.

El Libertador, durante sus días últimos en San Pedro Alejandrino, se lamentaba continuamente, así: «Ay! Ay!» El doctor Reverend sabía que su tisis no era dolorosa, y admirado le preguntaba: ¿Por qué se queja su Excelencia?

—Por nada; es un hábito en mí.

Como todo hombre de acción, tuvo el mismo fin de Don Quijote: Vivió loco y murió cuerdo. Toda obra es ilusoria. Vivió alabando su tierra y su gente y murió repitiendo que había muchos, muchos canallas.

Pero el Libertador vivía tan fundamentalmente en la conciencia continental, que para América fueron también sus pensamientos y palabras últimos. Ese amor desilusionado, como siempre, es conmovedor. *(Concluirá).*

Del sitio y toma de la ciudad de Melia por los Atenienses

= Capítulo XI del Libro V de la *Historia de la guerra del Peloponeso*, escrita por Tucídides y traducida del griego por Diego Gracián. BIBLIOTECA CLÁSICA. Madrid. 1889. =

En este mismo tiempo los Atenienses enviaron otra armada de treinta barcos contra los de la isla de Melia, en la cual iban mil doscientos hombres de guerra muy bien armados, y trescientos flecheros, y veinte caballos ligeros.

En esta armada había seis naves de las de Chío, y dos de las de Lesbos, sin el socorro de los otros aliados, y de las mismas islas, que serían mil y quinientos hombres.

Fueron estos Melios poblados por los Lacedemonios, y por eso recusaban ser súbditos a los Atenienses como todas las otras islas de aquella mar, aunque al principio no se habían declarado contra ellos: más porque los Atenienses los querían obligar a que se unieran a ellos, les quemaban y talaban las tierras, tratándoles como a enemigos y declarándoles la guerra.

Al llegar la armada de los Atenienses a la isla de Melia, Cleomedes, hijo de Licomedes, y Tisias, hijo de Tisimaco, que eran los jefes de la armada, antes que hiciesen mal ni daño alguno a los de la isla, enviaron embajadores a los de la ciudad, para que parlamentasen con ellos, los cuales fueron oídos, aunque no delante de todo el pueblo, sino solamente de los cónsules y senadores.

Los embajadores expusieron sus razones en el Senado, sobre lo que les mandaron los capitanes, y los Melios respondieron a ellas, y fué debatida la materia entre ellos por vía de preguntas y respuestas de la manera siguiente:

Los Atenienses.— Varones Melios, porque tenemos entendido que no habéis querido que hablemos delante de todo el pueblo, sino solamente aquí en este ayuntamiento aparte, pues sospecháis que aunque nuestras razones sean buenas y verdaderas, si las proponemos de una vez todas juntas delante de todo el pueblo, acaso éste, engañado por ellas, será inducido a cometer algún yerro, a causa de no haber discutido antes la materia punto por punto, y altercado sobre ella, será necesario que vosotros hagáis lo mismo, a saber: que no digáis todas vuestras razones de una vez, sino por sus puntos. Según viereis que nosotros decimos alguna cosa que no os parezca conveniente ni ajustada a razón, vosotros responderéis a ella, y diréis libremente vuestro parecer. Ante todas cosas decidnos si esta manera de hablar por pregunta y respuesta que os proponemos, os agrada o no.

Los Melios.—Ciertamente, varones Atenienses, esta manera de discutir los asuntos a placer y despacio no es de vituperar, pero hay una cosa del todo contraria y repugnante a ésto; y es que nos parece que vosotros no venís para hablarnos de la guerra venidera, sino de la presente, que está ya dispuesta y preparada, y la traéis, como dicen, en las manos. Por tanto, bien vemos que vosotros queréis ser los jueces de esta discusión, y el final de ella será tal, que si os convencemos por derecho y por razón, no otorgando las cosas a vuestra voluntad, comenzaréis la guerra, y si consentimos en lo que vosotros queréis, quedaremos por vuestros súbditos, y en vez de libres, cautivos y en servidumbre.

Los Atenienses.—A la verdad, si os habéis aquí reunido para discutir sobre cosas que podrían ocurrir, o sobre otra materia que no hace al caso, antes que para entender de lo que toca al bien y pro de vuestra república, según el estado en que ahora se encuentra, no es menester que pasemos adelante, pero si venís para tratar de esto que os atañe, hablaremos y discutiremos.

Los Melios.— Justo es y conveniente a toda razón, y por tanto debemos sufrirlo, que los que están en el estado que nosotros al presente, hablen mucho, y cambien muchas razones respecto a muchas cosas, atento que en este ayuntamiento la cuestión es sobre nuestras vidas y honras, por lo cual, si os parece, nuestra conversación será como vosotros habéis propuesto.

Los Atenienses.—Conviniendo pues hablar de esta suerte, no queremos usar con vosotros de frases artificiosas ni de términos extraños, como si por derecho y razón nos perteneciese el mando y señorío sobre vosotros, por causa de la victoria que en los tiempos pasados alcanzamos contra los Medos, ni tampoco será menester hacer largo razonamiento para mostraros que tenemos justa causa de comenzar la guerra contra vosotros por injurias que de vosotros hayamos recibido.

Tampoco hay necesidad de que aleguéis que fuisteis poblados por los Lacedemonios, ni que no nos habéis ofendido en cosa alguna, pensando así persuadirnos de que desistamos de nuestra demanda, sino que conviene tratar aquí de lo que se debe y puede hacer, según vosotros, y nosotros entendemos el negocio que al presente tenemos entre manos, y considerar que entre personas de entendimiento las cosas justas y razonables se debaten por derecho y razón, cuando la necesidad no obliga a una parte más que a la otra; pero cuando los más flacos contienden sobre aquellas cosas que los más fuertes y poderosos les piden y demandan, conviene ponerse de acuerdo con éstos para conseguir el menor mal y daño posible.

Los Melios.—Puesto que queréis que, sin tratar de lo que fuere conforme a derecho y razón, se hable de hacer lo mejor que pueda practicarse en nuestro provecho, según el estado de las cosas presentes, justo y razonable es, no pudiendo hacer otra cosa, que conservemos aquello en que consiste nuestro bien común, que es nuestra libertad; y por consiguiente al que continuamente está en peligro, le será conveniente y honroso, que el consejo que da a otro, a saber, que se deba contentar con lo que puede ganar y aventajar por industria y diligencia conforme al tiempo ese mismo consejo lo tome para sí. A lo cual vosotros, Atenienses, debéis tener más miramiento que otros, porque siendo más grandes y poderosos que los otros, si os sucediera peligro o adversidad semejante, tanto más grande sería vuestra caída; y de mayor ejemplo para los demás el castigo.

Los Atenienses.— Nosotros no tememos la caída de nuestro estado y señorío, porque aquellos que acostumbran a mandar a otros, como los Lacedemonios, nunca son crueles contra los vencidos, como lo son los que están acostumbrados de ser súbditos

Discurso sobre los Melios y la Historia de Tucídides

= *Envío del autor* =

Cuando el Heracles griego ritmaba sus hazañas con las del caldeo Gilgamesh; cuando Cécrope llevaba las artes y la sabiduría y los misterios religiosos del Egipto a la tierra del Atica; cuando el fenicio Cadmo alzaba los muros de Tebas y a su sombra y abrigo enseñaba el alfabeto; cuando del oriente llegaban a las islas del Egeo pensadores graves preocupados por desentrañarle sus secretos a la naturaleza, unos hombres originarios del otro lado de Italia se posesionaron, en la media luz de la madrugada de la historia, de las islas de Lemnos y de Imbros, y mientras Teseo andaba en Creta por matar el minotauro, antes de lo de Troya, esos tirrenos establecidos en la Hélade acostumbraban atravesar el mar que separa Asia de Grecia por robarse mujeres áticas de piel oscura; hasta que los atenienses fueron contra ellos y los arrojaron de las islas.

Era por entonces que los heráclidas, de vuelta de su exilio secular, trayendo en sus venas belicosa sangre celta, recobraban el Peloponeso y subyugaban a los desgraciados ilotas que han dado su nombre a todo pueblo reducido a esclavitud. Los tirrenos robaesposas se aliaron a los espartanos en esa lucha y recibieron de ellos libertad para tomar para su lecho mujeres espartanas; pero anhelaban tener patria de veras, que no sólo mujeres, y no consiguiendo que los espartanos les concedieran participación en el manejo de la cosa pública, se amargaron. Temerosos de esa amargura precursora de rebelión, los espartanos cayeron sobre ellos de improviso y los encarcelaron a todos.

Se deliberaba sobre la muerte que debía dárseles, cuando a la prisión llegaron las esposas de los presos, laconias todas. ¿Qué palabras dirían, pocas pero elocuentes? ¿Qué lágrimas verterían de súplica? Los carceleros las dejaron entrar a despedirse abrazadas de sus maridos. Plutarco, al hablarnos de los hechos virtuosos de las mujeres, nos relata la tradición: Sin pérdida de tiempo las esposas se desnudaron de sus ropas y vistieron con ellas a sus maridos, quedándose ellas en su lugar, dispuestas a morir por libertarlos, mientras ellos burlaban toda vigilancia saliendo, con la cabeza agachada de dolor y en silencio, fuera de la cárcel.

A Taygeta, plaza fuerte, se dirigieron los recién libertados, y, sorprendiéndola, la tomaron. De allí enviaron agitadores para sublevar a los ilotas a quienes prometían hacer libres. Espantados, los espartanos acordaron prudentemente entrar en tratos de paz con sus antiguos aliados. Pidieron éstos tres condiciones que les fueron aceptadas: La primera, que sus esposas les fueran devueltas salvas; la segunda que se les suministrase barcos y oro para abandonar la Lacedemonia y buscar patria, y la tercera, que en todo tiempo los lacedemonios los tuviesen a ellos, dondequiera que se esta-

(*Pasa a la página 350*)

de otros, si acaso consiguen triunfar de aquellos a quienes antes obedecían. Mas este peligro que decís lo tomamos sobre nosotros, quedando a nuestro riesgo y fortuna, pues no tenemos ahora guerra con los Lacedemonios. Hablemos de lo que toca a la dignidad de nuestro señorío y a vuestro bien y provecho particular, y de vuestra ciudad y república. En cuanto a esto os diremos claramente nuestra voluntad e intención, y es que queremos de todos modos tener mando y señorío sobre vosotros, porque será tan útil y provechoso para vosotros como para nosotros mismos.

Los Melios.—¿Cómo puede ser tan provechoso para nosotros ser vuestros súbditos, como para vosotros ser nuestros señores?

Los Atenienses.—Os es ciertamente provechoso, porque más vale que seáis súbditos que sufrir todos los males y daños que os pueden venir a causa de la guerra; y nuestro provecho consiste en que nos conviene más mandaros y teneros por súbditos que mataros y destruiros.

Los Melios.—Veamos si podemos ser neutrales sin unirnos a una parte ni a otra, y que nos tengáis por amigos en lugar de enemigos. ¿No os satisfará esto?

Los Atenienses.—En manera alguna, que más daño nuestro sería teneros por amigos que por enemigos, porque si tomamos vuestra amistad por temor, sería dar grandísima señal de nuestra flaqueza y poder, por lo cual los otros súbditos nuestros a quien mandamos, nos tendrían en menos de aquí en adelante.

Los Melios.—¿Luego todos vuestros súbditos desean que los que no tienen que ver con vosotros sean vuestros súbditos como ellos, y también que vuestras poblaciones, si hay algunas que se os hayan rebelado, caigan de nuevo bajo vuestras manos?

Los Atenienses.—¿Porqué no tendrían este deseo puesto que los unos ni las otras no se han apartado de nuestra devoción y obediencia por derecho ni razón, sino sólo cuando se han visto poderosos para podernos resistir, y creyendo que nosotros, por temor, no nos atreveríamos a acometerles?

Además, cuando os sojuzguemos, tendremos más número de súbditos, y nuestro señorío será más pujante y más seguro, porque vosotros sois isleños, y tenidos por más poderosos en mar que cualquiera de las otras islas, por lo cual, no conviene que se diga podéis resistirnos, siendo como somos los que dominan la mar.

Los Melios.—Y vosotros, decid, ¿no ponéis todo vuestro cuidado y seguridad en vuestras fuerzas de mar?

Puesto que nos aconsejáis dejemos aparte el derecho y la razón por seguir vuestra intención y provecho, os mostraremos que lo que pedimos para nuestro provecho, redundará también en el vuestro, pues se os alcanza muy bien que queriendo sujetarnos sin causa alguna, haréis a todos los otros Griegos, que son neutrales, vuestros enemigos, porque viendo lo que habréis hecho con nosotros, sospecharán que después hagáis lo mismo con ellos. De esta suerte ganáis más enemigos, y forzáis a que lo sean también aquellos que no tenían voluntad de serlo.

Los Atenienses.—No tememos tal cosa por considerar menos ásperos y duros a los que viven gozando de su libertad en tierra firme, en cualquier parte que sea, que a los isleños que cual vosotros no sean súbditos de nadie, y también a los que están sujetos y obedientes por fuerza cuando tienen mala voluntad; porque aquellos que viven en libertad, son más negligentes y descuidados en guardarse, pero los sujetos a otro poder por sus desordenadas pasiones, muchas veces por pequeño motivo se exponen ellos y exponen a sus señores a grandes peligros.

Los Melios.—Pues si vosotros por aumentar vuestro señorío, y los que están en sujeción por eximirse y libertarse de servidumbre se exponen a tantos peligros, gran vergüenza y cobardía nuestra será, si estando en libertad, como estamos, la dejásemos perder y no hiciésemos todo lo posible, antes de caer en servidumbre.

Los Atenienses.—No es lo mismo en este caso, ni tampoco obraréis cuerdamente si os guiáis por tal consejo, porque vuestras fuerzas no son iguales a las nuestras, y no debe avergonzaros reconocernos la ventaja. Por tanto, lo mejor será mirar por vuestra vida y salud, que no querer resistir, siendo débiles, a los más fuertes y poderosos.

Los Melios.—Es verdad, pero también sabemos que la fortuna en la guerra muchas veces es común a los débiles y a los fuertes, y que no todas favorece a los que son más en número. Por otra parte entendemos que el que se somete a otro, no tiene ya esperanza de libertarse, pero el que se pone en defensa, la tiene siempre.

Los Atenienses.— La esperanza es consuelo de los que se ven en peligro, aunque algunas veces trae daño a los que tienen causa justa, porque tenerla, y bien grande, no los echa a perder por completo, como hace con aquellos que todo lo fían en esto de esperar, lo cual es peligroso, pues la esperanza, a los que se han confiado en ella en demasía, no les deja después vía ni manera por donde poderse salvar. Por lo cual, vosotros, pues, os conocéis débiles y flacos, y veis el peligro en que estáis, os debéis guardar de él y no hacer como otros muchos, que teniendo primero ocasión de salvarse, después que se ven sin esperanza cierta, acuden a lo incierto, como son visiones, pronósticos, adivinaciones, oráculos y otras semejantes ilusiones, que con vana esperanza llevan los hombres a perdición.

Los Melios.—Bien conocemos claramente lo mismo que vosotros sabéis, que sería cosa muy difícil resistir a vuestras fuerzas y poder, que sin comparación son mucho mayores que las nuestras, y que la cosa no sería igual; confiamos, sin embargo, en la fortuna y en el favor divino, considerando nuestra inocencia frente a la injusticia de los otros. Y aun cuando no seamos bastantes para resistiros, esperamos el socorro y ayuda de los Lacedemonios, nuestros aliados y confederados, los cuales por necesidad habrán de ayudarnos y socorrernos, cuando no hubiese otra causa, a lo menos por lo que toca a su honra, por cuanto somos población de ellos, y son nuestros parientes y deudos. Por estas consideraciones comprenderéis que con gran razón hemos tenido atrevimiento y osadía para hacer lo que hacemos hasta ahora.

Los Atenienses.—Tampoco nosotros desconfiamos de la bondad y benignidad divina, ni pensamos que nos ha de faltar, porque lo que hacemos es justo para con los dioses y conforme a la opinión y parecer de los hombres, según usan los unos con los otros; porque en cuanto toca a los dioses, tenemos y creemos todo aquello que los otros hombres tienen y creen comunmente de ellos; y en cuanto a los hombres, bien sabemos que naturalmente por necesidad, el que vence a otro le ha de mandar y ser su señor, y esta ley no la hicimos nosotros, ni fuimos los primeros que usaron de ella, antes la tomamos al ver que los otros la tenían y usaban, y así la dejaremos perpetuamente a nuestros herederos y descendientes. Seguros estamos de que si vosotros y los otros todos tuvieseis el mismo poder y facultad que nosotros, haríais lo mismo. Por tanto, respecto a los dioses, no tememos ser vencidos por otros, y con mucha razón; y en cuanto a lo que decís de los Lacedemonios, y de la confianza que tenéis en que por su honra os vendrán a ayudar, bien librados estáis, si en esto sólo os tenéis por bienaventurados, como hombres de escasa experiencia del mal; mas ninguna envidia os tenemos por esta vuestra necedad y locura. Sabed de cierto que los Lacedemonios entre sí mismos, y en las cosas que conciernen a sus leyes y costumbres, muchas veces usan de virtud y bondad, más de la manera que se han portado con los otros, os podríamos dar muchos ejemplos: En suma os diremos por verdad lo que de ellos sabemos, que es gente que sólo tienen por bueno y honesto lo que le es agradable y apacible, y por justo lo que le es útil y provechoso; por lo cual, atenerse a sus pensamientos, que son varios y sin razón en cosa tan importante como ésta en que os van la vida y las honras, no sería cordura vuestra.

Los Melios.—Decid lo que quisiereis, que nosotros creemos en ellos y tenemos por cierto que, aun cuando no les moviese la honra, a lo menos por su interés y provecho particular no desampararían esta ciudad poblada por ellos, viendo que por esta vía se mostrarían traidores y desleales a los otros Griegos sus aliados y confederados, y esto redundaría en utilidad y provecho de sus enemigos.

Los Atenienses.— Luego vosotros confesáis que no hay cosa provechosa si no es segura, y asimismo que no se ha de emprender cosa alguna por el provecho particular, si no hay seguridad, y que por la honra y la justicia se han de exponer los hombres a peligro, lo cual los Lacedemonios hacen menos que otros algunos.

Los Melios.— Verdaderamente pensamos que se aventurarán y expondrán a peligro por nosotros, pues tienen motivo para hacerlo más que otros algunos, por ser nosotros más vecinos y cercanos al Peloponeso, lo que les permite ayudarse mejor de nosotros en sus haciendas, y podrán más seguramente confiar en nosotros por el deudo y parentesco que con ellos tenemos, pues somos naturales y descendientes de ellos.

Los Atenienses.—Así es como decís, mas la efectividad del socorro no consiste de parte de los que le han de dar en la confianza y benevolencia que tienen a los que lo piden, sino en la obra, considerando si son bastantes sus fuerzas para podérselo dar. En esto los Lacedemonios tienen más miramiento que otros, porque desconfiados de sus propias fuerzas, buscan y procuran las de sus aliados para acometer a sus vecinos, por lo cual no es de creer que conociendo que somos más poderosos que ellos por mar, quieran aventurarse ahora a pasar a esta isla a socorreros.

Los Melios.—Aunque eso sea, los Lacedemonios tienen otros muchos hombres de guerra, sin ellos, que pueden enviar, y la mar de Creta es tan ancha, que será más difícil a los que la dominan poder encontrar a quienes quieran venir por ella a esta parte, que no a los que vinieren ocultarse a sus perseguidores. Aun cuando esta razón no les moviere a ve-

nir, podrán entrar en vuestras tierras y en las de vuestros aliados, es decir, en las de aquellos contra quien no fué Brasidas, y por esta vía os darán ocasión para que penséis más en defender vuestras propias tierras que en ocupar las que no os pertenecen.

Los Atenienses.— Vosotros experimentaréis a vuestra costa, si os dejáis engañar en estas cosas, lo que sabéis bien por experiencia de otros: que los Atenienses nunca levantaron cerco que tuviesen puesto delante de algún lugar o plaza fuerte por temor. Vemos que todo cuanto habéis dicho en nada atañe a lo que toca a vuestra salvación. Esto sólo había de ser lo que entendiesen y debiesen procurar los que están en vuestra apurada situación. Porque todo lo que alegáis con tanta instancia sirve para lo venidero, y tenéis muy breve espacio de tiempo para defenderos y libraros de las manos de los que están ya dispuestos y preparados para destruiros.

Parécenos, pues, que os mostraréis bien faltos de juicio y entendimiento, si no pensáis entre vosotros algún buen medio mejor que el de ponderar la vergüenza que podréis sufrir en adelante, lo cual varias veces ha sido muy dañoso en los grandes peligros; y muchos ha habido que considerando el mal que les podría ocurrir si se rindiesen, han aborrecido el nombre de servidumbre que tenían por deshonroso, prefiriendo el de vencidos por considerarlo más honroso. Así, por su poco saber, han caído en males y miserias incurables, sufriendo mayor vergüenza por su necedad y locura, que hubieran sufrido por su fortuna adversa si la quisieran tomar con paciencia. Si sois cuerdos, parad mientes en esto, y no tengáis reparo en someteros y dar la ventaja a gente tan poderosa como son los Atenienses, que no os demandan sino cosas justas y razonables, a saber: que seáis sus amigos y aliados, pagándoles vuestro tributo. Y, pues, os dan a escoger la paz o la guerra, que la una os pone en peligro, y la otra en seguridad, no queráis por vanidad y porfía escoger lo peor, que así como es cordura, y por tal se tiene comunmente no quererse someter a su igual, cuando el hombre se puede honestamente defender, así también es locura querer resistir a los que conocidamente son más fuertes y poderosos, los cuales muchas veces usan de humanidad y clemencia con los más débiles y flacos. Apartaos, pues, un poco de nosotros, y considerad bien que esta vez consultáis la salud o perdición de vuestra patria, que no hay otro término, y que con la determinación que toméis, la haréis dichosa o desdichada.

Dicho esto, se salieron los Atenienses fuera, los Melios también se apartaron a otro lugar, y después de consultar entre sí gran rato, determinaron rechazar la demanda de los Atenienses, respondiéndoles de esta manera:

Los Melios.—Varones Atenienses, no cambiamos de parecer, ni jamás desearemos perder en breve espacio de tiempo la libertad que hemos tenido y conservado de setecientos años a esta parte que hace está nuestra ciudad fundada; antes con la buena fortuna que nos ha favorecido siempre hasta el día de hoy, y con la ayuda de nuestros amigos los Lacedemonios, estamos resueltos a guardar y conservar nuestra ciudad en libertad. Empero todavía os rogamos os contentéis con que seamos vuestros amigos, sin ser enemigos de otros, y que de tal manera hagáis vuestros tratos y conciertos con nosotros para el bien y provecho de ambas partes, saliendo de nuestras tierras y dejándonos libres y en paz.

Cuando los Melios hubieron hablado de esta manera, los Atenienses, que se habían retirado aparte, mientras ellos discutieron, respondiéronles de esta otra:

Los Atenienses.—Ya vemos que sólo vosotros estimáis, por vuestro propio parecer y mal consejo, las cosas venideras por más ciertas que las presentes que tenéis a la vista, y os parece que lo que está en mano y determinación de otro, lo tenéis ya en vuestro poder como si estuviese hecho. Os ocurrirá, pues, que la gran confianza que tenéis en los Lacedemonios y en la fortuna, fundando todas vuestras cosas en esperanzas vanas, será causa de vuestra pérdida y ruina.

Esto dicho, los Atenienses volvieron a su campo sin haber convenido nada; por lo cual los caudillos y capitanes del ejército, viendo que no había esperanza de ganar la villa por tratos, se prepararon a tomarla por combate y fuerza de armas, repartiendo las compañías en alojamientos de lugares cercanos, poniendo a la ciudad de Melia cerco de muro por todas partes, y dejando guarnición, así de los Atenienses como de sus aliados, por mar y por tierra. Hecho esto, la mayor parte del ejército se retiró, y los que quedaron, entendían en combatir la ciudad para tomarla.

Estando puesto el cerco a la ciudad, los de dentro salieron una noche contra los que estaban en el sitio por la parte del mercado, y tomaron el muro que habían hecho hacia aquel lado, matando muchos de los que estaban de guarda en él. Además les cogieron gran cantidad del trigo y otras provisiones que metieron dentro de la ciudad, encerrándose en ella sin hacer otra cosa memorable este verano. Por causa de este suceso los Atenienses procuraron en adelante poner mejores guardas de noche.

Al comienzo del invierno siguiente los Melios salieron otra vez de la ciudad, fueron sobre el muro que los Atenienses habían hecho en aquella parte, y lo tomaron, porque había poca gente de guarda.

Sabido esto por los Atenienses, enviaron nuevo socorro al mando de Filocrates, hijo de Eudemo, el cual tenía a punto sus ingenios y pertrechos para batir los muros de la ciudad, pero los sitiados, por causa de algunos motines y traiciones que había entre ellos, se entregaron a merced de los Atenienses, los cuales mandaron matar a todos los jóvenes de catorce años arriba, y las mujeres y niños quedaron esclavos, llevándolos a Atenas. Dejaron en la ciudad guarnición, hasta que después enviaron quinientos moradores con sus familias para poblarla con gente suya.

En este invierno los Atenienses determinaron enviar otra vez a Sicilia una armada mucho mayor que la que Laches y Eurimedon condujeron antes con intención de sojuzgarla, no sabiendo la mayor parte de ellos la extensión de la isla y la multitud de pueblos que la habitaban, así Griegos como Bárbaros, y por tanto que emprendían una nueva guerra no menor que la de los Peloponenses, porque aquella isla tiene de circuito tanto cuanto una nave gruesa puede navegar en ocho días, y aunque es tan grande, no está separada de la tierra firme más que unos veinte estadios.

Del bloque macizo...

(Viene de la primera página)

Descansa así de la monotonía de los arabescos y excita la imaginación con sólo toques breves pero decisivos; masa, volumen, fuerza; y todo lo demás por sobre entendido.

Gonzalo Zaldumbide

(El Comercio. Quito.)

Concours International Simón Bolivar

1er. Prix exécution du Monument
Devise **Bidendum est**

M. M. Jacques Zwobada, René Letourneur — *sculpteurs*

Félix Brunau, René Marouzou, Louis Emile Galey — *architectes*

Français
18 bis, rue du Dèbarcadère, Paris (17°)

Ce monument est un hymne à Simón Bolívar.

A ce héros qui ne connut pôint le repos, une image immobile ne pouvait convenir.

La volonté, l'élan, la foi aveugle dans le succés le caractérisent.

Sa vie fut une ligne droite. Tout son être tendu vers le seul but.

Nul obstacle n'arrêta le Liberateur.

Discurso sobre los Melios y...

(Viene de la página 348)

blecieran, por de la misma raza y naturales aliados.

Fué en la isla de Melos donde se establecieron esos hombres y de ella tomaron el nombre por el que se les conoce. Melia llamaron la ciudad que edificaron. Y su fundación fué, según su tradición, siete siglos antes del 416 de la era antigua, año este último en el que, a mediados de octubre, los atenienses imperialistas tomaron la ciudad de la manera que Tucídides refiere.

Así como en Herodoto la poesía épica se hace historia propiamente dicha, en Tucídides es la poesía trágica la que se transforma. Su historia es una tragedia. La tragedia de un pueblo, el ateniense, que cegado por el poder traiciona sus ideales y se convierte, de libertador en esclavizador, de democracia en tiranía imperial, y corre así, ciego, a su ruina que es la ruina de toda una gran civilización.

Se nos ha enseñado a admirar a Pericles. Las estatuas de Fidias, los bellos templos del Acrópolis, la magnificencia de Atenas, grande hasta en sus ruinas, son monumentos a la memoria del estadista. Para Tucídides, Pericles es héroe trágico. En él está prefigurada la suerte de Atenas. ¿Cuáles son las escenas culminantes del gran drama histórico? La primera es el discurso de Pericles en elogio de los gloriosos muertos atenienses. Allí están dichos los ideales de Atenas que Atenas misma traicionaría sin saberlo; que Atenas ya había traicionado cuando por boca del mismo Pericles oye que ya no es democracia sino imperio.

Cuando en 479 a. C. se rumoraba que los atenienses meditaban hacer paces con los persas, rumor falso, los espartanos, dice Herodoto (viii. 142), les dijeron: «Es intolerable imaginar que Atenas jamás sea parte a la

subyugación de algún estado griego; desde los tiempos más remotos se os conoce como libertadores de muchos hombres». Pero en 430 Pericles se ve obligado a pronunciar estas palabras (Tucídides, ii. 63): «No os imaginéis que lucháis por causa sencilla, la subyugación o independencia de ciertas ciudades. Tenéis un imperio que perder, y un peligro que afrontar de parte de aquellos a quienes el régimen de vuestro imperio ha llenado de odio contra vosotros. Y es imposible que entreguéis vuestro poder, como lo aconsejan en esta crisis algunos espíritus timoratos e inactivos que se empeñan en mantener la justicia aún a costo del poder. Porque ya hemos usado del imperio en forma y manera de despotismo, cosa que así como en opinión de la humanidad es violenta e injusta lograr, así también al fin es peligroso dejarla. Los hombres justicieros de quienes os decía, si logran secuaces arruinarán la ciudad. Si se van de nuestro seno y fundan ciudad propia, pronto la arruinarían también».

Ese es Pericles. El Pericles de la oración fúnebre. ¡Curiosa doblez! Doblez que podemos —porque por eso hojeo estos papeles viejos— ver en las declaraciones de los Pericles de esa nueva Atenas grandota que son los Estados Unidos. ¡Qué bellos discursos los de Woodrow Wilson: Sin embargo el imperialista envió marinos a Haití y a la República Dominicana! ¡Qué bellos discursos los del cuáquero Hoover: Sin embargo marinería suya, enviada por él, llena de desolación los campos de Nicaragua!

Con Cleón, sucesor de Pericles, el imperialismo ateniense suelta la lengua más descaradamente que nunca antes. Se debate sobre si a la ciudad rebelde de Mitilene—rebelde contra el yugo imperial de Atenas—se la ha de devastar. Dice Cleón: (Tuc. iii. 37): «Repetidas veces he dicho que una Democracia no puede gobernar un Imperio, y nunca fue ello más claro que ahora, cuando veo que os lamentáis de haber sentenciado a los mitilenos. Como vivís libres de temores y de sospechas entre vosotros, tratáis con vuestros aliados bajo los mismos principios; y no os dais cuenta de que siempre que les hacéis una concesión, movidos, por compasión, o que os conmovéis por informes especiosos que os envían, sois culpables de debilidad peligrosa para vosotros, y no recibís gratitud alguna de parte de ellos. Recordad que vuestro Imperio es un verdadero Despotismo, ejercido sobre pueblos en contra de su voluntad, los que siempre conspirarán contra vosotros». Y más tarde añade (iii. 40): «No os dejéis descarriar por esos tres enemigos mortalísimos de todo Imperio: la compasión, los sentimientos elocuentes, y la generosidad del fuerte!»

Así fué Atenas apartándose cada día más y más de su antiguo glorioso ideal de libertad. Así van los Estados Unidos, en la repetición moderna del gran drama antiguo, cada vez más perdiendo contacto real con los grandes ideales que alguna vez tuvieron. Hasta que Atenas, en 416 a. C., habló, por boca de sus embajadores, de la manera que dice Tucídides. Se ha llegado al climax de la tragedia. Vista así, se comprende por qué a la destrucción de pueblo tan pequeño como el de los Melios, Tucídides le da tanta importancia, tanto espacio en su relación concisa. Y tomada Melia, y muertos sus varones de edad viril y llevados esclavos sus mujeres y niños, y repoblaba la isla con colonos enviados del Atica, dice Tucídides—las palabras dan escalofrío—: «Ese mismo invierno determinaron los atenienses enviar nueva armada a conquistar Sicilia». Sicilia no fue conquistada. En esa armada iba Atenas misma, e iba a perecer. La tragedia iba a consumarse. En 413, tres años después de lo de Melos, Atenas había perdido todo su poderío.

No hay duda de que los Estados Unidos pueden hacer con Nicaragua lo que los Atenienses con Melos. No hay duda de que los imperialistas norteamericanos hallan necesario, «para redondear su imperio», dominar toda la región del Caribe y no permitir que pueblo alguno alce voz de libre entre nosotros. No hay duda de que, a su torcido juicio, todo trato de igual a igual con estas naciones les parece «debilidad peligrosa». No hay duda de que los dirigentes de la política norteamericana encuentran mortal para el prestigio de su imperio todo sentimiento de compasión, toda expresión de generosidad, toda razón de justicia, para con los patriotas de Sandino. No hay duda de todo eso. ¿Cuánto tiempo, ¡Oh Señor!, antes de que esos hombres norteamericanos vean el fracaso de su imperio, y de su civilización, hacia el que corren ciegos?

Salomón de la Selva

San José de Costa Rica en noviembre de 1930.

Los poemas de Joaquim Folguera...

(*Viene de la página 344*).

que haya error, deseo que la versión aparezca al público tal como está por ser fruto de mi intuición en la cual confío sobre todas las débiles cualidades de mi espíritu.

Claros se me han hecho los poemas hasta el punto que, sellados de tantas palabras que despistaban mis conocimientos por componerse de temas, afijos y subfijos que no son de la comunidad romance o que por lo menos se apartan de su acervo hasta imposibilitarme de percibir intelectualmente su significación por rápida analogía, ésta se me ha revelado, al instante, subjetivamente; mas dentro del poema, dado caso de reencontrar la palabra, aunque estructuralmente la he reconocino por la memoria visual, nada me ha expresado como signo ideológico.

¿Qué manera es ésta de funcionar el intelecto? ¿Qué refleja, no obstante es juiciosa y sujeta en todo a gramática y retórica y lógica y demás cosas aprendidas con la inteligencia vulgar?

¿Qué manera es ésta de funcionar la inteligencia que ni sufre ni duelo? Porque yo sé de los trabajos dolorosos ¡y tengo escrito tanto, con punzadas y temblores en los redaños de cada una de las tres almas de que nos hablan los antiguos filósofos griegos!

Mas en esto de que ahora trato, el alma va levemente desdoblándose en palabras sonoras y bellas y en líneas medidas y en agrupaciones de líneas y en agrupaciones de agrupaciones, como si un pez en el agua o un pájaro en el aire fuere. Y si alguna vez por un momento se empecina, hace como una hormiguita que va ligera y va y va y de repente tropieza con una migaja o un grano de arena y se vuelve un instante hacia atrás y endereza el camino de nuevo y de modo que ya no puede tropezar hasta el fin de la jornada.

Debe ser que en las capas más hondas y profundas del sér se labora así, donde no hay dificultad, ni roce, ni aspereza con las cosas reales que tanto dificultan el ritmo de la vida.

Tal como si no fuese yo quien trabajase. Tal como si fuese otro que lo hiciese por fuerza y por encima de mí, han salido estos poemas de Joaquim Folguera. Fué mi corazón entregado a mi ardorosa subconsciencia, grande la voluntad, ausente el intelecto.

20 de abril.—Y vos, Cataluña de acero, legendaria y prócer, que hablas una lengua tan fuerte y hermosa, tan rica y flexible, tan evocativa y prometedora, tan vieja y tan joven a la vez, recibe mi gratitud por haberme dado ocasión de emplear el alma en su ejercicio.

Y vos, Barcelona mía, cordial y hospitalaria, galante y sensible, realista y espiritual, revolucionaria y mística, la de los Juegos Florales y actualizadora de la Andante Caballería, por haber endulzado unas horas de esta mi vida cruenta, os digo... «Llevadme do quisiéredes, que yo no tendré más voluntad que la vuestra y más si la quereis ocupar en vuestro servicio!»

Emilia Bernal

La Habana.

Joaquim Folguera...

(*Viene de la página 344*).

creó, donde ve erguirse las imágenes de la Soledad, del Olvido, del Recuerdo, del Deseo y tantas otras, más sonrosadas que la carne más bella y más blandas que las felpas más aterciopeladas, fué el del Dolor. Dolor de su sensibilidad intensa y dolor de mil anhelos insatisfechos en la vida exacerbada de sus sentimientos.

Enfermo desde los diecisiete años de una enfermedad que lo imposibilitó y lo mantuvo enclaustrado, murió cuando precisamente ya parecía que pudiera vivir normalmente y en sociedad. Sin que la obra del uno tenga nada que ver con la del otro, pero comparando la vida de los dos en este proceso de la derivación del dolor en otros temas cantados, Joaquim Folguera nos hace pensar en aquel gran torturado Leopardi. Algo de esto se ve en su poema *La voluptuosidad de la muerte*. Mejores imágenes de sensualismo no las hallaríamos en el poeta más carnal y más ardiente.

Gracias a su sensibilidad refinada, Folguera no sólo fué asequible a todos los modernismos literarios de que se hizo eco, sino que también sintió vivamente el momento de su pueblo. Intervino y alentó con su aliento gigante la obra cultural de su padre, el gran patricio catalán Manuel Folguera y Durán.

Si la muerte tan prematura no hubiera truncado su obra, con el don de simpatía que él irradiaba, otra de sus mayores victorias contra el dolor, sin duda alguna, a no tardar, hubiera ejercido en Cataluña de gran maestro de poesía y de dignidad humana.—*Emilia Bernal.*

La revolución peruana, su significado en la América Latina

—Envío del Sr. Heysen—

Sabiéndome un actor responsable en la política de mi país—desde el Partido Aprista del Perú—Manuel Ugarte, el precursor grande y pertinaz y amigo invariable, me envía con intención el original de un artículo escrito para la prensa de Madrid sobre el pronunciamiento de Sánchez Cerro en Arequipa que terminara con el episodio "Presidente Leguía" y su clan reeleccionista. Con la serenidad del luchador experimentado y la severidad del justo, Ugarte hace un diseño oportuno de lo que él entiende por revolución. No cae ni en la alegría rendida del esclavo agradecido al libertador improvisado, ni en el empecinamiento del ideólogo incapaz de contemplar el panorama social fuera de su monóculo. Ugarte, como Palacios al declarar a los corresponsales de los grandes diarios aquí que su esperanza se cifraba total en la juventud del Apra, no se ha equivocado al afirmar que el Perú se salvará sólo en el caso **"que la juventud se apodere del timón y dirija la barca"**. Su pluma dócil como siempre al servicio de las grandes causas, nos secunda con firmeza y nos encuentra imperturbables y dispuestos a utilizar la máquina eleccionaria, que en estos tiempos de iniciación democrática se nos presenta como la mejor posibilidad para defender nuestro ideario de nacionalismo económico y de justicia social en favor del pueblo peruano, nuestro aliado único.

La interpretación de Ugarte nos conforta y nos alienta en mucho. "La caída de Leguía no sólo significa la victoria del pueblo peruano, sino el triunfo moral de la opinión libre latinoamericana—ha afirmado Haya de la Torre a las agencias cablegráficas en Berlín—Leguía dejó el poder con la misma indignidad con que lo mantuvo. El mérito histórico del movimiento sólo corresponde al pueblo peruano. El ejército sostuvo a Leguía durante once años y sólo tarde ha cumplido con el mandato de la opinión nacional. Nosotros los apristas conocemos los problemas sociales y económicos del Perú. Por eso sabemos que la situación no se resolverá con una dictadura militar. La segunda etapa del movimiento será necesariamente la lucha contra los generales, si pretenden perpetuarse en el poder, exigiendo la independencia económica del país y la justicia social bajo un programa aprista. Sólo con un programa aprista se salvará al país de la anarquía".

No puede ser, entonces, más clara ni más rotunda nuestra posición. Ayer como hoy, como mañana, nuestro puesto ha estado, está y estará al lado del pueblo. El pueblo es el que puede representar con su juventud a la peruanidad legítimamente. Estando con él siempre, estaremos con la americanidad, con nuestro anti-imperialismo latinoamericano-autónomo. Las palabras de Ugarte tienen, pues, un sentido histórico y tal vez si hasta un sentido continental, en esta hora de restauraciones conservadoras en Bolivia y en Argentina.

LUIS E. HEYSEN.

Buenos Aires, octubre, 1930.

La caída del Dictador Leguía tiene una enorme importancia y ha de resonar en América como anuncio lúgubre para muchos gobiernos.

Pero si aspiramos a cambiar fundamentalmente las cosas, no hay que creer que basta derribar al déspota para que la injusticia acabe. Recordemos las palabras del filósofo: "si la tiranía existe no es porque alguien la representa; alguien la representa porque existe. Hay que velar sobre lo que viene cuando el usurpador se va".

Los hombres no son más que incidentes. Lo único que importa son las ideas. No perseguimos una venganza, ni una ambición, sino una obra. Lo que urge es reaccionar contra las malas costumbres políticas, contra los errores endémicos, contra la absurda organización al dominio de una oligarquía o de una plutocracia que nunca tuvo más visión de la patria que sus conveniencias.

Nada más peligroso que una revolución a medias. La juventud debe velar para que el sacrificio no sea estéril y no se reduzca todo a la satisfacción aparente. Hay que afrontar al fin nuestros grandes problemas. En el orden interior: la justicia social, la situación del indio, la división de la tierra; en el orden exterior: la defensa cotra el imperialismo, la organización de la economía nacional, la aspiración hacia la patria grande. Hay que organizar a la América Latina en favor de la América Latina misma: y no, como ahora, en favor de los inútiles del terruño y de los piratas de fuera.

Esto hará sonreir a los "hombres de estado" a la antigua usanza que en cien años de gobierno no han sabido hacer de nuestra América más que el mosaico hipotecado y doliente que nos van a entregar ahora. Pero esa es la política del porvenir, pese al egoísmo de los privilegiados.

Que la juventud vele para que el esfuerzo no se malogre, para que la oportunidad no se pierda. Lo que empuja hoy a nuestro continente es un fervor análogo al que determinó el separatismo. Es, en realidad, la segunda independencia lo que vamos a hacer. Ayer Bolivia, hoy el Perú, mañana las otras repúblicas; se inicia el levantamiento de toda América contra las oligarquías que la devoran, contra el extranjero que las oprime.

Que la juventud se apodere del timón y dirija la barca. Si no lo hace, se habrá perdido, acaso, para nuestras repúblicas, la última posibilidad de vivir plenamente independientes.

MANUEL UGARTE.

Niza. Agosto, 1930.

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica